

Capítulo II

La operación historiográfica*

¿Qué *fabrica* el historiador cuando “hace historia”? ¿En qué trabaja? ¿Qué produce? Interrumpiendo su deambulación erudita por las salas de los archivos, se aleja un momento del estudio monumental que lo clasificará entre sus pares, y saliendo a la calle, se pregunta: ¿De qué se trata en este oficio? Me hago preguntas sobre la relación enigmática que mantengo con la sociedad presente y con la muerte, a través de actividades técnicas.

Ciertamente, no hay consideraciones, por generales que sean, ni lecturas, por más lejos que queramos extenderlas, que sean capaces de borrar la *particularidad* del lugar desde donde hablo y del ámbito donde prosigo mi investigación. Esta marca es indeleble. En el discurso donde escenifico cuestiones globales, tendrá la forma de un *idiotismo*: mi modo de hablar configura mi relación con un lugar. Pero el gesto que traslada las “ideas” a *lugares* es precisamente un gesto de historiador. Comprender, para él, es analizar en términos de producciones localizables el material que cada método ha originalmente establecido según sus propios criterios de pertinencia.¹ Cuando la historia² se convierte, para el que la practica, en el

* Una parte de este estudio fue publicada en J. Le Goff y P. Nora *Faire de l'histoire*, Gallimard, 1974, t.I, pp. 3-41, con el título “La operación histórica”. Esa misma parte se presenta aquí revisada y corregida.

¹ Si el trabajo histórico se caracteriza por la determinación de lugares de pertinencia, es decir, por una *tópica* (como lo ha demostrado Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire*, Seuil, 1971, pp. 258-273), no renuncia sin embargo, a inscribir las unidades de *sentido* (o “hechos”) determinadas de esta manera, en las relaciones de *producción*. Se dedica, pues, a demostrar la relación entre los *productos* y los *lugares* de producción.

² De una vez para siempre, aclaro que empleo la palabra *historia* en el sentido de *historiografía*, es decir, que entiendo por *historia* una práctica (una disciplina), su resultado (un discurso) y la relación entre ellos. Cfr “Hacer historia”, *supra*, pp. 33-65.

objeto mismo de su reflexión, ¿puede acaso invertirse el proceso de comprensión que relaciona un producto con un lugar?

El historiador sería un cobarde, cedería a una coartada ideológica, si para establecer la condición de su trabajo recurriera a *otro mundo* filosófico, a una *verdad* formada y recibida fuera de los caminos por los cuales, en historia, todo sistema de pensamiento se refiere a “lugares” sociales, económicos, culturales, etcétera. Ese tipo de dicotomía entre lo que hace y lo que diría, serviría por lo demás a la ideología reinante protegiéndola de la práctica efectiva. Condenaría, además, las experiencias del historiador a un sonambulismo teórico. Más aún, en historia como en todo lo demás, una práctica sin teoría cae necesariamente, tarde o temprano, en el dogmatismo de “valores eternos” o en la apología de un “intemporal”. La sospecha no debería extenderse a todo análisis teórico.

En este sector, Serge Moscovici, Michel Foucault, Paul Veyne y otros, dan testimonio de un despertar epistemológico³ que manifiesta en Francia una nueva urgencia. Pero sólo se puede recibir la teoría que trae consigo una práctica, a saber: la teoría que, por una parte, da apertura a la práctica en el espacio de una sociedad, y por otra, organiza los procedimientos propios de una disciplina. Considerar la historia como una operación, sería tratar, de un modo necesariamente limitado, de comprenderla como la relación entre un *lugar* (un reclutamiento, un medio, un oficio, etcétera), varios *procedimientos* de análisis (una disciplina) y la construcción de un *texto* (una literatura). De esta manera admitimos que la historia forma parte de la “realidad”, de la que trata, y que esta realidad puede ser captada “como actividad humana”, “como práctica”.⁴ Desde esta perspectiva, quisiera probar que la operación histórica se refiere a la combinación de un *lugar* social, de *prácticas* “científicas”⁵ y de una *escritura*. Este análisis de las condiciones previas, de las cuales el discurso no habla, nos permitirá precisar las leyes silenciosas que organizan al espacio producido como un texto. La escritura histórica se construye en función de una institución cuya organización parece invertir: obedece, en efecto, a reglas propias que exigen ser examinadas en sí mismas.

³ Cfr. Serge Moscovici, *Essai sur l'histoire humaine de la nature*, Flammarion, 1968; Michel Foucault, *L'Archéologie du savoir*, Gallimard, 1969; Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire*, Seuil, 1971

⁴ Karl Marx, *Thèses sur Feuerbach*, tesis 1.

⁵ El término de *científico*, bastante sospechoso en el conjunto de las “ciencias humanas” (donde se le sustituye por el término de *análisis*), no lo es menos en el campo de las “ciencias exactas” en la medida en que ese término nos remite a *leyes*. Se puede definir, sin embargo, con ese término la posibilidad de establecer un conjunto de *reglas que permitan* “controlar” operaciones proporcionadas a la *producción* de objetos determinados.

Toda investigación historiográfica se enlaza con un lugar de producción socioeconómica, política y cultural. Implica un medio de elaboración circunscrito por determinaciones propias: una profesión liberal, un puesto de observación o de enseñanza, una categoría especial de letrados, etcétera. Se halla, pues, sometida a presiones, ligada a privilegios, enraizada en una particularidad. Precisamente en función de este lugar los métodos se establecen, una topografía de intereses se precisa y los expedientes de las cuestiones que vamos a preguntar a los documentos se organizan.

Lo no dicho

Hace cuarenta años, una primera crítica del “cientificismo” reveló en la historia “objetiva” su relación con un lugar, el lugar del sujeto. Al analizar una “disolución del objeto” (R. Aron), esta crítica le quitó a la historia el privilegio del que presumía cuando pretendía reconstruir la “verdad” de lo que había pasado. La historia “objetiva” conservaba, por lo demás, con esta idea de una “verdad”, un modelo tomado de la filosofía de ayer o de la teología de antes de ayer, se contentaba con traducirlas en términos de “hechos” históricos... Los hermosos días de este positivismo, ya terminaron.

Después vino el tiempo de la desconfianza. Se probó que toda interpretación histórica depende de un sistema de referencia; que dicho sistema queda como una “filosofía” implícita particular; que al infiltrarse en el trabajo de análisis, organizándolo sin que éste lo advierta, nos remite a la “subjetividad” del autor. Al vulgarizar los temas del “historicismo” alemán, Raymond Aron enseñó a toda una generación el arte de señalar las “decisiones filosóficas” en función de las cuales se organizan los cortes de un material, los códigos con que se descifra, y el modo como se ordena la exposición.⁶ Esta “crítica” representaba un esfuerzo teórico. Marcaba una etapa importante *en relación* con una situación francesa donde prevalecían las investigaciones positivas y donde reinaba el escepticismo en lo referente a las “tipologías” alemanas. Exhumaba los preámbulos filosóficos y todo lo no confesado de la historiografía del siglo XIX. Nos remitía a una circulación de los conceptos, es decir a los desplazamientos, que a lo largo de todo aquel siglo habían transportado a las categorías filosóficas por los subsuelos de la historia, de la exégesis o de la sociología.

⁶ *Introduction a la philosophie de l'histoire. Essai sur les limites de l'objectivité historique*, Vrin, 1938; *La Philosophie critique de l'histoire*, Vrin, 1938 (reed. 1969). Acerca de las tesis de R. Aron, cfr. la crítica de Pierre Vilar, “Marxismo e historia en el desarrollo de las ciencias humanas”, en *Studi storici*, I, núm. 5, 1960, pp. 1008-1043, principalmente pp. 1011-1019.

En nuestros días, nos sabemos la lección al dedillo. Los “hechos históricos” se hallan constituidos por la introducción de un sentido en la “objetividad”. Enuncian en el lenguaje del análisis, “selecciones” que le son anteriores, que no resultan de la observación —y que no son ni siquiera “verificables” sino solamente “falsificables” gracias a un examen crítico.⁷ La “relatividad histórica” compone, pues, un cuadro, donde sobre el fondo de una totalidad histórica se destaca una multiplicidad de filosofías individuales, las de los pensadores disfrazados de historiadores.

El retorno a las “decisiones” personales se efectuaba tomando como base dos postulados.

Por una parte, al aislar del texto historiográfico un elemento filosófico, se le suponía una autonomía a la ideología: en esto consistía la condición de su extracción. Un orden de ideas se apartaba de la práctica histórica. Por lo demás (aun cuando las dos operaciones van juntas), al subrayar las divergencias entre los “filósofos” disfrazados de historiadores, al referirse a lo insondable de sus ricas intuiciones, hacían de dichos pensadores un grupo aislado de su sociedad bajo el pretexto de una relación más directa con el pensamiento. El recurso a las opciones personales provocaba un corto circuito con el papel desempeñado en lo referente a las ideas por las localizaciones sociales.⁸ La pluralidad de estas subjetividades filosóficas tenía desde entonces como efecto discreto el conservar a los intelectuales en una posición singular. Las cuestiones de sentido eran tratadas entre ellos, y la explicitación de sus diferencias en el pensamiento gratificaba al grupo entero con una relación privilegiada en el mundo de las ideas. Los ruidos propios de una fabricación, las técnicas, las presiones sociales, las posiciones profesionales o políticas, nada turbaba la paz de esta relación: el silencio era el postulado de este tipo de epistemología.

R. Aron establecía en un coto reservado tanto el reinado de las ideas como el reino de los intelectuales. La “relatividad” no actuaba sino dentro de este campo cerrado. Lejos de ponerlo en tela de juicio, la misma relatividad lo defendía. Apoyándose en la distinción entre el sabio y el político, una de las tramas más flojas de la teoría de Weber,⁹ estas tesis

⁷ Acerca del “principio de falsificación”, cfr. Karl Popper, *Logik der Forschung*, Viena, 1934 (trad. inglesa revisada y muy aumentada: *The Logic of Scientific Discovery*, Londres, Hutchinson, 1959), obra básica del “racionalismo crítico”.

⁸ Cfr. Antonio Gramsci. *Gli intellettuali e l'Organizzazione della cultura*, Turin, Einaudi, 1949, pp. 6-38.

⁹ Volviendo sobre la tesis weberiana según la cual “la elaboración científica comienza con una elección que no tiene otra justificación sino la subjetiva”, R. Aron señalaba, una vez más, en *Les Étapes de la pensée sociologique* (Gallimard, 1967, p. 510), el cruzamiento, en Weber, de la “elección subjetiva” con el sistema racional de la explicación “causal” (*ibid.*, pp. 500-522). De esta manera Aron anula el efecto del lugar del intelectual en la sociedad y puede considerar una vez más a Weber como el anti-Marx.

demolían una vanagloria del saber, pero reforzaban el poder “exento” de los sabios. Un lugar quedaba fuera de alcance en el momento en que se demostraba la fragilidad de lo que en ese mismo lugar se producía. El privilegio retirado a obras sujetas a control, regresaba a un grupo imposible de ser controlado.

Los trabajos más notables sobre la historia, parece, todavía hoy, que se apartan difícilmente de la muy fuerte posición que R. Aron había tomado al sustituir el privilegio silencioso de un lugar por el privilegio, triunfante y discutible, de un *producto*. Mientras que actualmente Michel Foucault niega toda referencia a la subjetividad o al “pensamiento” de un autor, el mismo Foucault suponía todavía, en sus primeros libros,¹⁰ la autonomía del lugar teórico donde se desarrollan, en su “relato”, las leyes según las cuales los discursos científicos se forman y se combinan en sistemas globales. *L'Archéologie du savoir* (1969) marca una ruptura, desde este punto de vista, al introducir a la vez las técnicas de una disciplina y los conflictos sociales en el examen de una estructura epistemológica, la de la historia (y esto no es una casualidad). Asimismo, Paul Veyne acaba por destruir en la historia lo que la crítica de R. Aron conservaba todavía como “ciencia causal”, cuando al triturar los sistemas interpretativos hasta convertirlos en una polvareda de percepciones y de decisiones personales, no deja ya subsistir, en el sentido de la coherencia, sino las reglas de un género literario, y como punto de referencia “el placer del historiador”.¹¹ Parece ser que en Veyne permanece intacto el presupuesto, que desde las tesis de 1938, quitaba implícitamente toda pertinencia epistemológica al examen de la función social ejercida por la historia, por el grupo de los historiadores (y más generalmente por los intelectuales), por las prácticas y las leyes del mismo grupo, por su intervención en el juego de las fuerzas públicas, etcétera.

La institución histórica

El lugar dejado en blanco u oculto por el análisis que exageraba la relación de un sujeto individual con su objeto, es nada menos que una *institución del saber*.

¹⁰ En *Les Mots et les choses* (Gallimard, 1966) en particular, cuya finalidad ha sido aclarada y definida más tarde, principalmente en la notable “Introducción” de *L'Archéologie du savoir* (*op. cit.*, pp. 9-28). Cfr. M. de Certeau, “El sol negro del lenguaje: M. Foucault”, en *L'Absent de l'histoire*, 1973, pp. 115-132.

¹¹ Cfr. M. de Certeau, “Una epistemología de transición: P. Veyne”, en *Annales ESC*, t. XXVII, 1972, pp. 1317-1327.

Esta institución señala el origen de las “ciencias” modernas, como lo demuestran, en el siglo XVII, las “asambleas” de eruditos (en Saint-Germain-des-Prés, por ejemplo), los intercambios de correspondencia y de viajes que realiza un grupo de “curiosos”,¹² y todavía con más claridad en el siglo XVIII los círculos de sabios y las Academias por las que Leibniz se preocupaba tanto.¹³ El nacimiento de las “disciplinas” está siempre ligado a la creación de grupos.

La relación entre una institución social y la definición de un saber, insinúa la figura, ya desde los tiempos de Bacon y Descartes, de lo que se ha llamado la “despolitización” de los sabios. Es preciso entender por este término, no un destierro fuera de la sociedad,¹⁴ sino la fundación de “cuerpos”, como el de “ingenieros”, de intelectuales necesitados, pensionados, etcétera, en el momento en que las universidades se estancan al volverse cada vez más intransigentes.

Las instituciones “políticas”, eruditas y “eclesiásticas” se especializan recíprocamente. No se trata, pues, de una ausencia, sino de un sitio particular en una nueva distribución del espacio social. Bajo la forma de un retiro relativo de los “asuntos públicos” o de los asuntos religiosos (que también se organizan en cuerpos particulares), se constituye un lugar “científico”. La ruptura que hace posible la unidad social destinada a convertirse

¹² Philippe Ariès (*Le Temps de l'histoire*, Mónaco, 1951, p. 224), Pierre Chaunu (*La Civilisation de l'Europe classique*, Arthaud, 1966, pp. 404-409, acerca de “La constitución a través de Europa de un pequeño grupo de investigadores”), también otros han notado el hecho. Pero este detalle muestra hasta qué punto esta “constitución” social es el signo de una ruptura epistemológica. Por ejemplo, hay una relación estrecha entre la limitación de los miembros (o de los viajes) y el establecimiento entre ellos de un lenguaje erudito (acerca de la correspondencia entre los miembros, cfr. Baudouin de Gaiffier, en *Religion, érudition et critique à la fin du XVII^e siècle...*, PUF, 1968, pp. 2-9), o entre las “asambleas” de los miércoles en la Biblioteca Colbertina, de 1675 a 1751, y la elaboración de una investigación histórica (acerca de esas reuniones, cfr. Léopold Delisle, *Le Cabinet des manuscrits de la Bibliothèque Nationale*, t. I, París, 1968, pp. 476-477).

¹³ Daniel Roche demuestra la estrecha relación entre el enciclopedismo (un “complejo de ideas”) e instituciones como las academias parisienses o provincianas (“Enciclopedistas y académicos”, en *Livre et société dans la France du XVIII^e siècle*, II, Mouton, 1970, pp. 73-92), también Sergio Moravia une el nacimiento de la etnología con la constitución del grupo de “Observadores del hombre” (*La Scienza dell'uomo nel settecento*, Bari, Laterza, 1970, pp. 151-172). Se pueden multiplicar los ejemplos.

¹⁴ A pesar de G. Bachelard que escribía: “la ciudad científica se ha establecido al margen de la sociedad social” (*Le Rationalisme appliqué*, PUF, 1966, p. 23; cfr. *La Formation de l'esprit scientifique*, 1965, pp. 32-34). A. Koyré repite la misma tesis, pero para defender “una vida propia, una historia immanente” de la ciencia, que “no puede ser comprendida si no en función de sus propios problemas, de su propia historia” (“Perspectivas sobre la historia de las ciencias”, en *Études d'histoire de la pensée scientifique*, Gallimard, 1973, p. 399). Parece que hay aquí, como consecuencia de las ideas de M. Weber: 1º, una confusión entre diferenciación y aislamiento, como si el establecimiento de un lugar “propio” no estuviera ligado a una redistribución general y por consiguiente a redefiniciones recíprocas; 2º, una concepción de “historia de las ideas” que retira toda pertinencia a las divisiones sociales, siendo así que los cortes epistemológicos son indisolublemente sociales e intelectuales.

en la “ciencia” nos indica que se está llevando a cabo una nueva clasificación global. Esta ruptura nos señala, pues, en su aspecto externo, un lugar que se enlaza con otros en un nuevo conjunto; y en su aspecto interno, el establecimiento de un saber que no puede separarse de una institución social.

Este modelo original se encuentra posteriormente en todas partes. Se multiplica bajo la forma de subgrupos o de escuelas. De aquí la persistencia del gesto que circunscribe una “doctrina” gracias a una “base institucional”.¹⁵ La institución social (una sociedad de estudios de...) queda como la condición de un lenguaje científico (la revista o el *Boletín*, continuación y equivalente de las correspondencias de antaño). A partir de los “Observadores del hombre” del siglo XVIII hasta la creación de la sexta sección de la Escuela Práctica de Altos Estudios por la Escuela de los *Annales* (1947), pasando por las facultades del siglo XIX cada “disciplina” conserva su ambivalencia de ser la ley de un grupo y la ley de una investigación científica. La institución no da solamente una base social a una doctrina, también la vuelve posible y la determina subrepticamente, ¡y sin que una sea la causa de la otra! No nos cansaríamos de invertir los términos (la infraestructura se convierte en la “causa” de las ideas), si suponemos que no cambia, entre ellos, el tipo de relación que estableció el pensamiento liberal cuando otorgó a las doctrinas la dirección de la historia. Más bien debemos rechazar el aislamiento de los términos, y por consiguiente la posibilidad de convertir una correlación en una relación de causa a efecto.

Un mismo movimiento organiza a la sociedad y a las “ideas” que circulan en ella. Se distribuye en regímenes de manifestación (económica, social, científica, etcétera) que constituyen entre ellos funciones imbricadas pero diferenciadas, de las cuales ninguna es la realidad o la causa de las otras. Así, los sistemas socioeconómicos y los sistemas de simbolización se combinan sin identificarse ni jerarquizarse. Un cambio social puede compararse, desde este punto de vista, con una modificación biológica del cuerpo humano: forma, como ella, un lenguaje, pero proporcionado a otros tipos de lenguaje (verbal, por ejemplo). El aislamiento “médico” del cuerpo resulta de una división interpretativa que no tiene en cuenta el paso de la somatización a la simbolización. Por el contrario, un discurso ideológico guarda siempre una proporción fija con un orden social determinado, así como cada enunciado individual se produce en función de organizaciones silenciosas del cuerpo. El hecho de que el discurso, en sí mismo, obedezca a reglas propias, no impide que se apoye en lo que no dice —en el cuerpo, que habla de un modo especial.¹⁶

¹⁵ Jean Glénisson, “La historiografía francesa contemporánea”, en *Vingt-cinq ans de recherche historique en France*, CNRS, 1965, p. XXIV, n. 3, a propósito de los *Annales*.

¹⁶ El psicoanalista llegará a decir que la palabra oculta y que el cuerpo habla.

Toda "doctrina" que rechaza en historia su relación con la sociedad, queda en el campo de lo abstracto. Niega lo mismo que la está produciendo. Padece entonces los efectos de distorsión, debidos a la eliminación de lo que la sitúa en el mundo de los hechos sin que lo diga o lo sepa: un poder que tiene su lógica; un lugar sostenido y "mantenido" por una disciplina que se desarrolla en obras sucesivas, etcétera. El discurso "científico" que *no habla* de su relación con el "cuerpo" social, no puede dar origen a una práctica, deja de ser científico, y esto es muy importante para el historiador, pues en esta relación con el cuerpo social está precisamente el objetivo de la historia. No podríamos dejar de tratarla sin poner en tela de juicio al mismo discurso historiográfico.

En su "Informe General" de 1965 sobre la historiografía francesa, J. Glénisson evocaba algunos enlaces discretos entre un *saber* y un *lugar*: la sistematización de las investigaciones por algunos doctores encaramados en los puestos superiores del profesorado y que "deciden las carreras universitarias",¹⁷ la presión ejercida por el tabú social de la tesis monumental;¹⁸ el lazo de unión entre la influencia débil de la teoría marxista y el reclutamiento social del "personal erudito, provisto de cátedras y de presidencias";¹⁹ los efectos de una institución fuertemente jerarquizada y centralizada sobre la evolución científica de la historia, que se ha vuelto muy "tranquila" desde hace tres cuartos de siglo.²⁰ Debemos señalar también los intereses demasiado nacionalistas de una historiografía replegada sobre sus querellas internas (se batían contra Seignobos o por Febvre), circunscrita por el chauvinismo lingüístico de la cultura francesa, que favorece las expediciones hacia las regiones más próximas de referencia latina (el mundo mediterráneo, España, Italia o América Latina), y que se ve, además, muy limitada en sus recursos financieros, etcétera.

Entre otros muchos, estos rasgos remiten la "condición de una ciencia" a una situación social que consiste en lo que *no dijo*. Es pues imposible analizar el discurso histórico independientemente de la institución en función de la cual se ha organizado su silencio, o pensar en una renovación de la disciplina, que quedaría asegurada por la sola modificación de sus conceptos, sin que intervenga una transformación de las situaciones adquiridas. Desde este punto de vista, como lo indican las investigaciones de Jürgen Habermas, se impone una "repolitización" de las ciencias

¹⁷ J. Glénisson, *op. cit.*, p. XXVI.

¹⁸ *Ibid.*, p. XXIV. Acerca de estos dos puntos, cfr. Terry N. y Priscilla P. Clark, "El patrón y su círculo: clave de la Universidad francesa" (en *Revue française de sociologie*, XIII, 1971, pp. 19-39), estudio perspicaz que sólo podía ser escrito por "observadores externos". Los autores definen al "sistema" con cuatro elementos esenciales: la centralización del control, el carácter monopolístico del sistema, el número restringido de puestos importantes, la multiplicación de funciones del patrón.

¹⁹ J. Glénisson, *op. cit.*, pp. XXII-XXIII.

²⁰ *Ibid.*, p. XL.

humanas; no podríamos dar cuenta de ellas o permitir su progreso sin una "teoría crítica" de su situación actual en la sociedad.²¹

La cuestión que señala la sociología crítica de Habermas, está por lo demás, ya muy bien trazada en el discurso histórico. Sin esperar las denuncias del teórico, el mismo texto confiesa su relación con la institución. Por ejemplo, el *nosotros* del autor nos remite a una *convención* (dirían en semiótica que remite a un "verosímil enunciativo"). En el texto, es la escenificación de un contrato social "entre nosotros". Es un sujeto plural que "sostiene" al discurso. Un "nosotros" se apropia el lenguaje por el hecho de presentarse como el locutor.²² De este modo se revelan la prioridad del discurso histórico²³ sobre cada obra historiográfica particular, y la relación de dicho discurso con una institución social. La mediación de este "nosotros" elimina la alternativa que atribuiría la historia *ya* a un individuo (el autor, su filosofía personal, etcétera), *ya* a un sujeto global (el tiempo, la sociedad, etcétera). En lugar de jactancias subjetivas o de generalidades edificantes, nos ofrece la positividad de un *lugar* donde se apoya el discurso sin identificarse con él.

Al "nosotros" del autor corresponde el de los verdaderos lectores. El público no es el verdadero destinatario del libro de historia, aun cuando sea su apoyo financiero y moral. Como el alumno que dirige la palabra a toda la clase, pero tiene detrás a su maestro, una obra es menos apreciada por sus compradores que por los "pares" y los "colegas" que la juzgan según criterios científicos diferentes de los del público, y decisivos para el autor desde el momento en que pretende hacer obra historiográfica. Existen *leyes* del medio que circunscriben posibilidades cuyo contenido varía, pero no varía la presión que ejercen. Estas leyes organizan una verdadera "policía" del trabajo. Al no ser "recibido" por el grupo, el libro caerá en la categoría de una "vulgarización", que considerada con más o menos simpatía, no sería capaz de definir a un estudio como "historiográfico".

²¹ J. Habermas critica en particular, en las teorías sociológicas (y podríamos añadir: o históricas) de tipo puramente técnico y "gnoseológico", el "sub-entendido" de una neutralidad en lo que respecta a los valores postulados por el punto de partida epistemológico de sus investigaciones. ("Analytische Wissenschaftstheorie und Dialektik", en *Zeugnisse Theodor W. Adorno zum sechzigsten Geburtstag*, Frankfurt-am-Main, 1963, pp. 500-501). Cfr., del mismo autor, sus obras básicas como *Zur Logik der Sozialwissenschaft*, Tübingen Mohr, 1967, y *Technik und Wissenschaft*, 1968 (trad. fr. *La Technique et la science comme "idéologie"*, Gallimard, 1973).

²² Acerca del papel y del sentido del *yo* o del *nosotros*, y del lugar que ocupan en el lenguaje de quien se lo "apropia" como locutor, cfr. Émile Benveniste, *Problèmes de linguistique générale*, Gallimard, 1966, pp. 258-266.

²³ Por "discursos", entiendo al mismo género histórico, o más bien, dentro de la perspectiva de Michel Foucault, "una práctica discursiva" —"el conjunto de reglas que caracterizan a una práctica discursiva" (*Archéologie du savoir*, Gallimard, 1969, pp. 74 y 168).

Es preciso estar "acreditado" para tener acceso a la enunciación historiográfica. "La condición de los individuos que tienen —y sólo ellos lo tienen— el derecho reglamentario o tradicional, jurídicamente definido o espontáneamente aceptado, de expresar cierto tipo de discurso"²⁴ depende de una "agregación" que clasifica el "yo" del escritor dentro del "nosotros" de un trabajo colectivo, o que habilita a un locutor para que enuncie el discurso historiográfico. Este discurso —y el grupo que lo produce— hace al historiador, mientras que la ideología atomista de una profesión "liberal" mantiene la ficción del sujeto autor y deja creer que la investigación individual constituye la historia.

Más generalmente, un texto "histórico" (es decir, una nueva interpretación, el ejercicio de métodos propios, la elaboración de otras pertinencias, un desplazamiento en la definición y el uso de un documento, un modo de organización característico, etcétera) enuncia una operación que se sitúa dentro de un conjunto de prácticas. Este aspecto es primordial, es lo esencial en una investigación científica. Un estudio particular será definido por la relación que mantenga con otros, con temporáneos, con un "estado de la cuestión", con las problemáticas explotadas por el grupo y los puntos estratégicos que se van formando junto con los avances y las desviaciones determinados o vueltos posibles en lo referente a una investigación en curso. Cada resultado individual se inscribe en un conjunto cuyos elementos dependen estrechamente unos de otros, y cuya combinación dinámica forma la historia en un momento dado.

Finalmente, ¿cuál es la "obra de valor" en historia? La que es reconocida por los pares. La que puede situarse en un conjunto operativo. La que constituye un progreso en lo referente a la condición actual de los "objetos" y los métodos históricos, y que, ligada al medio en que se elabora, vuelve posibles a su vez nuevas investigaciones. El libro o el artículo de historia es a la vez un resultado y un síntoma del grupo que funciona como un laboratorio. Como el automóvil producido por una fábrica, el estudio se vincula al *complejo* de una fabricación específica y colectiva y no es tanto el efecto de una filosofía personal o la resurrección de una "realidad" pasada. Es el *producto* de un lugar.

Los historiadores en la sociedad

Según una concepción bastante tradicional en la *intelligentsia* francesa desde el elitismo del siglo XVIII, se ha convenido que no se introducirá en la *teoría* lo que se hace en la *práctica*. Así, se hablará de "métodos", pero sin

²⁴ M. Foucault, *op. cit.*, p. 68, a propósito del discurso médico.

cometer la falta de evocar su capacidad como medio de *iniciación* para un grupo (*es preciso* aprender o practicar "buenos" métodos para ser introducido en el grupo), o su relación con una *fuerza social* (los métodos son los medios con los que se defiende, se diferencia y se manifiesta el poder de un cuerpo docente o burocrático). Estos métodos describen un comportamiento institucional y las leyes de un medio, y no por eso dejan de ser científicos. En suponer una antinomia entre un análisis social de la ciencia y su interpretación en términos de historia de las *ideas* consiste la duplicidad de los que creen que la ciencia es "autónoma", y que escudándose en esta dicotomía consideran que no hay lugar para el análisis de determinaciones sociales, y que las presiones por él reveladas, son extrañas o accesorias.

Estas presiones no son accidentales, más bien forman parte de la investigación. Lejos de representar la inconfesable intromisión de un extraño en el Santo de los santos de la vida intelectual, más bien constituyen la trama de los procesos científicos. El trabajo se apoya cada vez más en *equipos*, en líderes, en medios financieros, y por lo tanto en los privilegios con que las relaciones sociales o políticas favorecen a uno u otro estudio para que pueda obtener créditos. También está organizado como una *profesión* con sus jerarquías propias, sus normas centralizadoras, su tipo de reclutamiento psicosocial.²⁵ A pesar de las tentativas para romper las fronteras, se ha instalado en el círculo de la *escritura*: en la historia que se escribe se concede la preferencia a los que ya han escrito, de tal manera que la obra histórica refuerza una tautología sociocultural entre sus autores (letrados), sus objetivos (libros, manuscritos, etcétera) y su público (cultivado). Este trabajo está ligado a una *enseñanza*, por lo tanto a las fluctuaciones de una clientela; a las presiones que ésta ejerce al crecer; a los reflejos de defensa, de autoridad o de repliegue que la evolución de los movimientos estudiantiles provoca en los maestros; a la introducción de la cultura de masas en una universidad masiva que ha dejado de ser el lugar reducido de intercambios entre investigación y pedagogía. El profesor se ve empujado hacia la vulgarización destinada al "gran público" (estudiantil o no), mientras que el especialista se aleja de los circuitos de consumo. La producción histórica se encuentra dividida entre la obra *literaria* del que "tiene autoridad" y el esoterismo *científico* del que "hace investigaciones"...

Una situación social cambia a la vez el modo del trabajo y el tipo del discurso. ¿Es esto un "bien" o un "mal"? Ante todo es un hecho que se descubre por todas partes, aun en aquellas donde quieren ocultarlo. Las

²⁵ Desgraciadamente no existe todavía, para el reclutamiento de los historiadores, un equivalente del estudio publicado por Monique de Saint-Martin, *Les fonctions sociales de l'enseignement scientifique*, Mouton, 1971.

implicaciones ocultas se reconocen por las cosas que comienzan a moverse o a inmovilizarse al mismo tiempo, en sectores que antes se tenían por ajenos al trabajo del historiador. ¿Es acaso una simple casualidad que se pase de la "historia social" a la "historia económica" durante el período entre las dos guerras mundiales,²⁶ cuando ocurre la gran crisis económica de 1929? ¿Es una casualidad que la historia cultural se imponga en el momento en que se impone por todas partes, junto con las diversiones y los medios de difusión masiva, la importancia social, económica y política de la "cultura"? ¿Es acaso una casualidad el que el "atomismo histórico" de Langlois y Seignobos, explícitamente asociado con la sociología fundada sobre la figura del "iniciador" (Tarde) y con una "ciencia de los hechos psicológicos" (que descompone el psiquismo en "motivos", "impulsiones" y "representaciones"),²⁷ se haya combinado con el liberalismo burgués que reinaba a fines del siglo XIX? ¿Es acaso una casualidad el que los espacios muertos de la erudición —los que no son ni los objetivos ni los lugares de la investigación— resultan ser, desde el Lozère al Zambeze, regiones subdesarrolladas, de tal manera que el enriquecimiento económico crea hoy topografías y selecciones históricas cuyo origen no puede confesarse y cuya pertinencia no puede averiguarse?

Desde el acopio de los documentos hasta la redacción del libro, la práctica histórica depende siempre de la estructura de la sociedad. En la Francia de ayer, la existencia de pequeñas unidades sociales muy bien estructuradas definió los distintos niveles de la investigación: unos archivos limitados a los acontecimientos de un grupo y todavía muy identificados con papeles de familias; una categoría de mecenas o de autoridades que apoyaban con su nombre la "protección" de patrimonios, de clientes y de ideales; un reclutamiento de eruditos letrados consagrados a una causa y que adoptaban ante su patria grande o pequeña el lema de los *Monumenta Germaniae: Sanctus amor patriae dat animum*; unas obras "consagradas" a temas de interés local que proporcionaban un lenguaje propio a lectores limitados, pero fieles, etcétera.

Los estudios sobre temas más amplios no escapan a esta regla, pero la unidad social de la que dependen ya no es del mismo tipo: no se trata ya de una localidad, sino de la *intelligentsia* académica, después universitaria, que se "distingue" a la vez de la "pequeña historia", del

²⁶ La fecha esencial es la de la tesis de Georges Lefebvre, *Paysans du nord de la France pendant la Révolution*, 1924. Pero toda una pléyade de historiadores señala también ese momento esencial: Hauser, Sée, Simiand, etcétera.

²⁷ La *Introduction aux études historiques* (1898) sigue siendo la obra máxima de una historiografía, aun cuando desde hace mucho tiempo ya no es lo que fue para toda una época: la estatua del Comendador. ¡Sorpresa!, ¡se la lee con interés!; su claridad es admirable. Principalmente en el capítulo VIII del libro II y en los capítulos I-IV del libro III, debidos a Seignobos, se explicitan las referencias científicas de los autores.

provincialismo y del pueblo menudo, antes de que al crecer su poder con la extensión centralizadora de la Universidad, imponga las normas y los códigos del evangelismo laico, liberal y patriótico elaborado en el siglo XIX por los "burgueses conquistadores".

Así pues, cuando Lucien Febvre, en el intervalo entre las dos guerras mundiales, declara que quiere quitarle a la historia del siglo XVI "el hábito" de las querellas de antaño y sacarla, por ejemplo, de las categorías impuestas por las guerras entre católicos y protestantes,²⁸ da testimonio en primer lugar del desvanecimiento de las luchas ideológicas y sociales que en el siglo XIX volvían a tomar las banderas de los "partidos" religiosos para emplearlas en campañas semejantes. De hecho, las querellas religiosas siguieron durante mucho tiempo, aunque en terrenos no religiosos: republicanos contra tradicionalistas, escuela pública contra escuela "libre". Pero cuando estas luchas pierden su importancia sociopolítica después de la guerra del 14, cuando las fuerzas que se oponían en ellas se reparten de un modo diferente, cuando se forman "concentraciones" o "frentes" comunes y la economía organiza el lenguaje de la vida francesa, *se vuelve posible* tratar a Rabelais como cristiano —es decir como testigo de un tiempo *pasado*—, desligarse de divisiones que ya no se viven en la sociedad, y por consiguiente ya no hay que preferir a los reformados o a los cristianos demócratas en la historiografía política o religiosa universitaria. Lo que se nos da a entender con esto, no son concepciones mejores o más objetivas, sino una situación diferente. Un cambio de la sociedad permite al historiador tomar otra distancia en relación con lo que se convierte globalmente en pasado.

Desde este punto de vista, L. Febvre procede de la misma manera que sus predecesores. Aquéllos adoptaban como postulados de su comprensión, la estructura y las "evidencias" sociales de su propio grupo, aun a riesgo de cometer errores críticos. ¿Acaso procede de otro modo el fundador de los *Annales* cuando promueve una Búsqueda y una *Reconquista* históricas del "Hombre", figura "soberana" en el centro del universo de su medio burgués?²⁹ ¿No obra así cuando llama "historia global" al panorama que se ofrece a la mirada de una magistratura universitaria? ¿No obra así cuando con la "mentalidad", la "psicología colectiva" y toda la utilería del *Zusammenhang*, pone en escena una estructura todavía "idealista"³⁰ que funciona como el antídoto del análisis marxista y oculta bajo

²⁸ L. Febvre, *Au coeur religieuses du XVII^e siècle*, Sevpén, 1957, p. 146.

²⁹ "Todo lo que siendo del hombre, depende del hombre, sirve al hombre, expresa al hombre, significa la presencia, la actividad, los gustos y las maneras de ser del hombre", declara en *Combats pour l'histoire*, A. Colin, 1953, p. 428. Más tarde, la figura creada por este optimismo conquistador perdió mucho de su credibilidad.

³⁰ Henri Berr señalaba, ya desde 1920, el carácter "idealista" de la historia según L. Febvre (*Revue de synthèse historique*, xxx, 1920, p. 15).

una homogeneidad "cultural" los conflictos de clase en que se encuentra el mismo implicado?³¹ Por muy genial y novedosa que haya sido su historia, no deja de estar *marcada* socialmente, como lo estuvieron las historias que él mismo rechaza, y si pudo *superarlas*, fue porque aquellas respondían a situaciones *pasadas*, y al mismo Febvre le imponen ahora otro "hábito", cortado a la medida, debido al lugar que ocupa en los conflictos de su presente.

Con o sin el fuego que chispea en las obras de L. Febvre, pasa lo mismo hoy en todas partes, aun si hacemos a un lado el papel que desempeñan las divisiones sociales y políticas aun en las publicaciones y los nombramientos, donde funcionan prohibiciones tácitas. Sin duda alguna ya no se trata de una guerra entre los partidos o entre las grandes corporaciones de antaño (el Ejército, la Universidad, la Iglesia, etcétera): resulta que la hemorragia de sus fuerzas lleva consigo la folclorización de sus programas³² y por lo tanto las verdaderas batallas ya no tienen lugar entre ellos. La "neutralidad" lleva a la metamorfosis de las convicciones en ideologías dentro de una sociedad tecnocrática y productivista anónima que ya no sabe señalar sus preferencias ni identificar sus poderes (para aprobarlos o rechazarlos). Así, en la Universidad colonizada, cuerpo cada vez más carente de autonomía a medida que se hace más enorme, entregado actualmente a las consignas y las presiones venidas de fuera, el expansionismo científico o las cruzadas "humanistas" de ayer son sustituidas por vergonzosas retiradas. En lo que se refiere a las opciones, el silencio sustituye a la afirmación. El discurso toma un color indefinido: "neutro". Se convierte en el medio de defender *lugares* en vez de ser el enunciado de "causas" capaces de dar vida a un deseo. El discurso ya no puede hablar de lo que lo está determinando: tiene que respetar muchas posiciones y solicitar muchas influencias. En este caso, lo *no* dicho es a la vez lo no confesado de textos convertidos en pretextos, la exteriorización de lo que se hace en relación con lo que se dice, y el desvanecimiento progresivo de un lugar donde la fuerza se apoyaba sobre un lenguaje. ¿No sería esto, por lo demás, lo que "traiciona" la referencia de una historiografía conservadora a un "inconsciente" dotado de una estabilidad mágica, y cambiado en fetiche por la necesidad que se

³¹ Acerca de la "teoría del *Zusammenhang*", fluctuante y rica en su obra, cfr. Hans-Dieter Mann, Lucien Febvre. *La pensée vivante d' un historien*, A. Colin 1971, pp. 93-119. L. Febvre, se refiere ciertamente a la "clase" para explicar el siglo XVI (cfr. por ejemplo *Pour une histoire à part entière*, París, 1963, pp. 350-360, acerca de la burguesía), aun cuando lo hace con mucha reticencia (cfr. *ibid.*, pp. 185-199), pero no hace intervenir al problema de su propia localización social cuando analiza su práctica y sus conceptos históricos. En cuanto al antimarxismo, éste se manifiesta, por ejemplo, en la reseña de Daniel Guérin (*Combats pour l'histoire*, *op. cit.*, pp. 109-113), quien afirma que la aproximación de Michelet y de Marx es para L. Febvre un "incesto".

³² Cfr. M. de Certeau, "Las revoluciones de lo creíble", en *La Culture au pluriel*, 10/18, 1974, pp. 34.

tiene "a pesar de todo" de afirmar un poder propio que "sabemos bien" que hace tiempo desapareció?³³

El que permite y el que prohíbe: el lugar

Antes de saber lo que la historia *dice* de una sociedad, nos importa analizar *cómo funciona* ella misma. Esta institución se inscribe en un complejo que le *permite* solamente un tipo de producciones y le *prohíbe* otras. Así procede la doble función del lugar. *Vuelve posibles* algunas investigaciones, gracias a coyunturas y problemáticas comunes. Pero a otras las *vuelve imposibles*; excluye del discurso lo que constituye su condición en un momento dado; desempeña el papel de una censura en lo referente a los postulados presentes (sociales, económicos, políticos) del análisis. Sin duda alguna esta combinación del *permiso* con la *prohibición* es el punto ciego de la investigación histórica y la razón por la cual no es compatible con *cualquier* cosa. Y precisamente sobre esta combinación debe actuar el trabajo destinado a modificarla.

De todos modos, la investigación se ve circunscrita por el lugar que define una conexión de lo posible con lo imposible. Si la consideráramos solamente como un "decir", reintroduciríamos la *leyenda* en la historia, es decir pondríamos un no-lugar o un lugar imaginario, en vez del enlace del discurso con un lugar social. Por el contrario, la historia se define completamente por una *relación del lenguaje con el cuerpo* (social), y por consiguiendo por su relación con los *límites* que impone dicho cuerpo, sea al modo propio del lugar desde donde se habla, sea al modo propio del objeto-otro (pasado, muerto) del que se habla.

La historia queda configurada en todas sus partes por el sistema con que se elabora. Hoy como ayer, está determinada por el hecho de una fabricación localizada en algún punto de dicho sistema. Así pues, el tener en cuenta el lugar donde se produce, permite al saber historiográfico escapar a la inconsciencia de una clase que se desconocería a sí misma como clase en las relaciones de producción, y que por lo tanto, desconocería a la sociedad donde está insertada. El enlace de la historia con un lugar es la condición de posibilidad de un análisis de la sociedad. Sabemos, por lo demás, que tanto en el marxismo como en el freudismo no hay análisis que no sea íntegramente dependiente de la situación creada por una relación, social o analítica.

³³ O. Mannoni, "Lo sé; pero sin embargo", en *Clefs pour l'imaginaire ou l'Autre Scène*, Seuil, 1969, pp. 9-33.

Si tomamos en serio su lugar, todavía no hemos explicado la historia. Aún no se ha dicho lo que se produce. Pero es la condición para que cualquier cosa pueda decirse sin que sea legendaria (o "edificante"), o atópica (sin pertinencia). Siendo la negación de la particularidad del lugar el principio mismo de la ideología, excluye toda teoría. Más aún, al instalar al discurso en un no-lugar, se prohíbe a la historia hablar de la sociedad y de la muerte, es decir, se le prohíbe ser historia.

2. Una práctica

"Hacer historia", es una práctica. Desde este punto de vista podemos pasar a una perspectiva más programática, considerar los caminos que se nos abren, y no limitarnos a la situación epistemológica que ha revelado hasta ahora una sociología de la historiografía.

En la medida en que la Universidad permanece ajena a la práctica y a las técnicas,³⁴ se clasifica como "ciencia auxiliar" todo lo que pone a la historia en relación con las técnicas: ayer, la epigrafía, la papirología, la paleografía, la diplomática, la codicología, etcétera; hoy, la musicología, el "folclorismo", la informática, etcétera. La historia sólo habría de comenzar con la "palabra noble" de la interpretación. Sería finalmente un arte de descubrir que borraría públicamente las huellas de un trabajo. De hecho, hay allí una opción decisiva. El lugar que se conceda a la técnica coloca a la historia del lado de la literatura o del lado de la ciencia.

Si es verdad que la organización de la historia se refiere a un lugar y a un tiempo, esto se debe a sus técnicas de producción. Hablando en general, cada sociedad se piensa "históricamente" con los instrumentos que le son propios. Pero el término "instrumento" es equívoco. No se trata solamente de medios. Como lo probó magistralmente Serge Moscovici,³⁵ aunque dentro de una perspectiva diferente, la historia está mediatizada por la técnica. Esto relativiza bastante a la preferencia otorgada durante todo el siglo XIX —y todavía en nuestros días— a la historia social. Con la relación de la sociedad con ella misma, con el "convertirse en otro" del grupo según una dialéctica humana, se combina, eje de la actividad científica presente, la transformación de la naturaleza, que es "al mismo tiempo un dato y una obra".³⁶

Sobre esta frontera cambiante entre lo dado y lo creado, y finalmente entre la naturaleza y la cultura, se desarrolla la investigación. La

³⁴ Cfr. Frédéric Bon y M.A. Burnier, *Les Nouveaux Intellectuels*. Seuil, 1971, p. 180; M. de Certeau, "Las Universidades ante la cultura de las masas", en *La Culture au pluriel*, op. cit., pp. 111-137.

³⁵ *Essai sur l'histoire humaine de la nature*, Flammarion, 1968.

³⁶ Op. cit., p. 20.

biología descubre en la "vida" un lenguaje que habla antes que aparezca un locutor. El psicoanálisis descubre en el discurso la articulación de un deseo constituido de un modo diferente del que revela la conciencia. En un campo diferente, la ciencia del ambiente modifica las combinaciones cambiantes de la naturaleza y de la industria, pero ya no permite aislar la extensión indefinida de las construcciones sociales, de las estructuras naturales que está cambiando.

Este inmenso campo de trabajo opera una "renovación (de la naturaleza), provocada por nuestra intervención".³⁷ Reúne de una manera diferente a la humanidad con la materia,³⁸ de tal manera que "el orden social se inscribe como una forma del orden natural y no como algo opuesto a él".³⁹ En todo esto encontramos medios con los que podemos modificar profundamente una historia que ha tenido como "sector central" a la "historia social, es decir a la historia de los grupos sociales y sus relaciones".⁴⁰ Ella misma se dirigió primero hacia lo económico, después hacia las "mentalidades", oscilando así entre los dos términos de la relación que la investigación prefiere cada día más: naturaleza y cultura. Los signos se multiplican. Una orientación que esbozaba ya, durante el período entre las dos guerras mundiales, el interés por la geografía y por una "historia de los hombres en sus relaciones estrechas con la tierra",⁴¹ se acentúa con los estudios sobre la construcción y las combinaciones de espacios urbanos,⁴² sobre la tras-humancia de las plantas y sus efectos socioeconómicos,⁴³ sobre la historia de las técnicas,⁴⁴ sobre las mutaciones de la sexualidad, sobre la enfermedad, la medicina y la historia del cuerpo,⁴⁵ etcétera.

³⁷ *Ibid.*

³⁸ Op. cit., pp. 7 y 21.

³⁹ Op. cit., p. 590.

⁴⁰ Ernest Labrousse, "Introducción", en *L' Histoire sociale*, PUF, 1967, p. 2.

⁴¹ La expresión es de Fernand Braudel, *Leçon inaugurale au Collège de France*, 1950. En *La Catalogne dans l' Espagne moderne* (Sevren 1962, t. 1, p. 12), Pierre Villar hace notar que entre las dos guerras "los grandes problemas que adivinábamos más o menos confusamente iban a dominar en nuestro siglo, solamente se nos proponían a través de las lecciones de nuestros maestros geógrafos".

⁴² Cfr. en particular Françoise Choay; "La historia y el método en urbanismo", en *Annales ESC*, XXV 1970 (número especial sobre "Historia y urbanización"), pp. 1143-1154, y también Stephan Thernstrom, "Reflexiones sobre la nueva historia urbana", en *Daedalus*, primavera, 1971, pp. 359-376. *L' Enquête sur le bâtiment* (Mouton, 1971), dirigida por Pierre Chaunu, es también un hermoso ejemplo del nuevo interés dedicado a las organizaciones especiales.

⁴³ Por ejemplo el capítulo acerca de "la civilización vegetal", en Emmanuel Le Roy Ladurie, *Les Paysans de Languedoc*, Sevren, 1966, pp. 53-76. Este estudio muy nuevo acerca de los "fundamentos biológicos" de la vida social demuestra que los vegetales son "objetos de historia" "por el mismo hecho de su plasticidad, y de las continuas modificaciones que el hombre les ocasiona". Desgraciadamente este capítulo ha desaparecido de la edición de bolsillo, Flammarion, 1969.

⁴⁴ Cfr. La gran *Histoire générale des Techniques*, bajo la dirección de Maurice Dumas, PUF, 4 t., 1963-1968, o los trabajos de Bertrand Gille (*Les Ingénieurs des la Renaissance*, 1964; etcétera).

⁴⁵ Cfr. el número especial de *Annales ESC*, XXIV, noviembre-diciembre 1969, "Historia biológica

Pero estos campos abiertos a la historia no pueden ser solamente objetos nuevos presentados a una institución que no cambia. La misma historia entra en esta relación del discurso con las técnicas que lo producen. Es necesario considerar cómo trata a los elementos “naturales” para convertirlos en un *ambiente* cultural, y cómo conduce hasta la simbolización literaria a las transformaciones que se efectúan en la relación de una sociedad con su naturaleza. Partiendo de desperdicios, de papeles, de legumbres, y hasta de glaciares y “nieves eternas”,⁴⁶ el historiador *hace otra cosa*: hace historia, artificializa la naturaleza, participa en el trabajo que convierte a la naturaleza en un medio ambiente y modifica por lo tanto la naturaleza del hombre. Sus técnicas lo sitúan precisamente en esta articulación. Al colocarse en el nivel de esta práctica, el historiador no encuentra más la dicotomía que opone lo *social* a lo *natural*, sino la conexión entre una socialización de la naturaleza y una “naturalización” (o una materialización) de las relaciones sociales.

La articulación naturaleza-cultura

Sin duda es exagerado decir que el historiador tiene al “tiempo” como “materia de análisis” o como “objeto específico”. Trata, según sus métodos, a los objetos físicos (papeles, piedras, imágenes, sonidos, etcétera), que distingan en el continuo de lo percibido, la organización de una sociedad y el sistema de pertinencias propias de una “ciencia”. Trabaja sobre un material para transformarlo en historia. Emprende una manipulación que, como las demás, obedece a sus reglas. Este tipo de manipulación se asemeja a la fabricación que se hace con el mineral, ya refinado. Transformando primero las materias primas (una información primaria) en productos *standard* (información secundaria), las transporta de una región de la cultura (las “curiosidades”, los archivos, las colecciones, etcétera) a otra (la historia). Una obra “histórica” participa del movimiento por el cual una sociedad modifica su relación con la naturaleza, convirtiendo lo “natural” en utilitario (por ejemplo, un bosque en explotación forestal) o estético (por ejemplo, una montaña en paisaje), o haciendo pasar una institución social de una condición a otra (por ejemplo, la iglesia convertida en museo).

Pero el historiador no se contenta con *traducir* de un lenguaje cultural a otro, es decir convertir producciones sociales en objetos de historia. Puede convertir en cultura los elementos que extrae de campos

y sociedad”, Michel Foucault, *Naissance de la clinique*, PUF, 1963; Jean Pierre Peter, “El cuerpo del delito”, en *Nouvelle Revue de psychanalyse*, 1971, núm. 3, pp. 71-108; etcétera.

⁴⁶ Emmanuel Le Roy Ladurie, *Histoire du climat depuis l'an mil*, Flammarion, 1967.

naturales. Desde su documentación (donde introduce guijarros, sonidos, etcétera) hasta su libro (donde las plantas, los microbios, los glaciares, adquieren la condición de objetos simbólicos), el historiador realiza un desplazamiento de la articulación naturaleza-cultura. Modifica el espacio, como lo hacen el urbanista al integrar las praderas en el sistema de comunicaciones de la ciudad, el arquitecto cuando convierte el lago en presa, Pierre Henry cuando convierte el rechinar de una puerta en motivo musical, y el poeta que trastorna las relaciones entre “ruido” y “mensaje”... El historiador logra la metamorfosis del ambiente a través de una serie de transformaciones que desplazan las fronteras de la topografía interna de la cultura. “Civiliza” la naturaleza —lo que siempre ha querido decir que la “coloniza” y la cambia.

Hoy en día confirmamos, es verdad, que una masa creciente de libros históricos se convierte en novelesca o legendaria y ya no produce estas transformaciones en los campos de la cultura, mientras que por el contrario la “literatura” se enfoca a un trabajo sobre el lenguaje y el “texto” pone sobre la escena “*un movimiento de reorganización*, una circulación mortuoria que produce al destruir”.⁴⁷ Esto quiere decir, que desde este punto de vista, la historia deja de ser “científica”, mientras que la literatura lo es. Cuando el historiador supone que un pasado *dado* se revela en su texto, se pone de acuerdo con el comportamiento del consumidor. Recibe pasivamente los objetos distribuidos por los productores.

Es “científica”, en historia y en otras partes, la operación que cambia el “medio” —o que hace de una *organización* (social, literaria, etcétera) la condición y el lugar de una *transformación*. Se mueve, pues, en una sociedad, y en uno de sus puntos estratégicos: la articulación de la cultura con la naturaleza. En historia, establece un “gobierno de la naturaleza” sobre un modo que concierne a la relación del presente con el pasado y en tanto que el pasado no es un “dato”, sino un producto.

En este rasgo común a toda investigación científica, es posible encontrar los puntos que la constituyen precisamente como una técnica. No quiero volver a tratar aquí de los métodos de la historia. Con estos sondeos, trato solamente de evocar el tipo de problema teórico que presenta en historia el examen de su “aparato crítico” y de sus procedimientos técnicos.

El establecimiento de las fuentes o la redistribución del espacio

En historia, todo comienza con el gesto de *poner aparte*, de reunir, de convertir en “documentos” algunos objetos repartidos de otro modo. Esta nueva

⁴⁷ Raymond Roussel, *Impressions d'Afrique*, Gallimard, 1963, p. 209. Cfr. Julia Kristeva, *Sèmeïotiké. Recherches pour une sémanalyse*. Seuil, 1969, pp. 208-245: “La productividad llamada texto”.

repartición cultural es el primer trabajo. En realidad consiste en *producir* los documentos por el hecho de copiar, transcribir o fotografiar dichos objetos cambiando a la vez su lugar y su condición. El gesto consiste en “aislar” un cuerpo, como se hace en física, y en “desnaturalizar” las cosas para convertirlas en piezas que llenan las lagunas de un conjunto establecido *a priori*. Forma la “colección”, convierte las cosas en un “sistema marginal”, como dice Jean Baudrillard;⁴⁸ las destierra de la práctica para convertirlas en objetos “abstractos” de un saber. Lejos de aceptar los “datos”, él mismo los forma. El material es creado por acciones concertadas que lo distinguen en el universo del uso, que lo buscan también fuera de las fronteras del uso y que lo destinan a un nuevo empleo coherente. Es la huella de actos que modifican un *orden* recibido y una visión social.⁴⁹ Esta ruptura, introductora de signos abiertos a tratamientos específicos, no es solamente ni en primer lugar el efecto de una “mirada”; se necesita además una operación técnica.

Los orígenes de nuestros Archivos modernos implican ya, en efecto, la combinación de un *grupo* (los “eruditos”), de *lugares* (las “bibliotecas”) y de *prácticas* (copiado, impresión, comunicación, clasificación, etcétera). Si seguimos la línea, nos encontramos con un complejo técnico inaugurado en Occidente con las “colecciones” reunidas en Italia y después en Francia a partir del siglo XV, y financiadas por grandes mecenas deseosos de apoderarse de la historia (los Médicis, los duques de Milán, Carlos de Orléans y Luis XII, etcétera). En estas colecciones se conjugan la creación de un nuevo *trabajo* (“coleccionar”), la satisfacción de nuevas *necesidades* (justificación de grupos familiares y políticos recientes gracias a la introducción de tradiciones, de cartas y de “derechos de propiedad” propios), y la producción de nuevos *objetos* (los documentos que se aíslan, conservan y vuelven a copiarse), cuyo sentido será definido en el futuro por su relación con el todo (la colección). Una ciencia que nace (la “erudición” del siglo XVII) recibe con estos “establecimientos de fuentes” –instituciones técnicas– su base y sus reglas.

Ligada en un principio a la actividad jurídica entre los hombres de pluma y de toga, abogados, escribanos de oficina, curadores de archivos judiciales,⁵⁰ la empresa se vuelve expansionista y conquistadora desde el momento en que pasa a las manos de especialistas; se hace productora y

⁴⁸ Jean Baudrillard, “La colección”, en *Le Système de objets*, Gallimard, 1968, pp. 120-150.

⁴⁹ Desde este punto de vista, los “documentos” históricos pueden ser asimilados a los “signos icónicos” cuya organización es analizada por Umberto Eco: éstos “reproducen”, nos dice, “algunas condiciones de la percepción común basándose en los códigos perceptivos normales”(“Semiología de los mensajes visuales”, en *Communications*, 1970, núm. 15, pp. 11-51). Digamos, dentro de esta perspectiva, que hay trabajo científico cuando hay cambio en los “códigos de reconocimiento” y en los “sistemas de expectación”.

⁵⁰ Cfr. Philippe Ariès, *Le Temps de l'histoire*, Mónaco, Ed. du Rocher, 1954, pp. 214-218.

reproductora obedeciendo a las leyes de la multiplicación. Desde 1470 se alía con la imprenta:⁵¹ la “colección” se convierte en “biblioteca”. “Coleccionar”, será durante mucho tiempo fabricar objetos: copiar o imprimir, encuadernar, clasificar... Juntamente con los productos que multiplica, el coleccionista se convierte en actor dentro de la cadena de una *historia que está por hacerse* (o por rehacerse), según las nuevas pertinencias intelectuales y sociales. Así pues, la colección, al cambiar completamente los instrumentos de trabajo, redistribuye las cosas, redefine las unidades del saber, introduce las condiciones de un segundo comienzo al construir una “máquina gigantesca” (Pierre Chaunu) que hará posible una historia diferente.

El erudito quiere totalizar las innumerables “rarezas”, producto de las trayectorias indefinidas de su curiosidad, y por lo tanto inventa lenguajes que aseguren su comprensión. Si juzgamos según la evolución de su trabajo (pasando por Peiresc y Kircher, hasta Leibniz), el erudito se orienta, desde el fin del siglo XVI, hacia la *invención* metódica de nuevos sistemas de signos gracias a procedimientos analíticos (descomposición, recomposición).⁵² Se ve habitado por el sueño de una taxonomía totalizadora y por la voluntad de crear instrumentos universales proporcionados a esta pasión por lo exhaustivo. Por mediación de la *clave*, básica en este “arte de descifrar”, se encuentran homologías entre la erudición y las matemáticas. Ciertamente a la *clave*, destinada a construir un “orden”, se opone el *símbolo*: este último, ligado a un texto *recibido* que nos remite a un *sentido oculto* en la figura (alegoría, blasón, emblema, etcétera), implica la necesidad de un *comentario autorizado* por parte de quien es lo suficientemente “sabio” o profundo para reconocer dicho sentido.⁵³ Pero, por parte de la clave, desde las series de “rarezas” hasta los lenguajes artificiales o universales –por ejemplo, de Peiresc a Leibniz–, si los recovecos y las desviaciones son numerosos, se inscriben sin embargo en la línea de desarrollo que van a introducir la *construcción de un lenguaje*, y por lo tanto la producción de técnicas y objetos propios.

El establecimiento de las fuentes requiere también hoy en día un gesto fundador, significado como ayer por la combinación de un lugar, de un “aparato” y de técnicas. Primer indicador de este desplazamiento: no hay trabajo que no tenga que utilizar *de un modo diferente* los fondos conocidos,

⁵¹ Gilbert Ouy, “Las bibliotecas”, en *L'Histoire et ses méthodes*, Enc. Pléiade, 1961, p. 1066, acerca del acuerdo firmado entre Guillaume Fichet y tres impresores alemanes con el fin de fundar el taller tipográfico de la Sorbona y de asegurar la copia de los manuscritos que G. Fichet conseguía en parte él mismo para la biblioteca del Colegio de la Sorbona.

⁵² Siendo su “biblioteca” lo que el erudito *constituye* (y no lo que *recibe*, como será el caso más tarde para los “conservadores” de Bibliotecas creadas antes que ellos), parece haber continuidad en el terreno de la *escritura*, entre la producción de la *colección* de textos y la producción de *claves* destinadas a descifrarlas.

⁵³ Cfr. Madeleine V. David, *Le Débat sur les écritures et l'hiéroglyphe aux XVII^e et XVIII^e siècles*, Sevpén, 1965, pp. 19-30.

y que no tenga que cambiar el funcionamiento de archivos definidos hasta ahora por un uso religioso o "familiar".⁵⁴ De la misma manera, bajo el pretexto de que se trata de pertinencias nuevas, convierte en documentos a las herramientas, a las recetas de cocina, a las canciones, a la imaginería popular, a la distribución de los terrenos, a la topografía urbana, etcétera. No se trata solamente de hacer hablar a esos "sectores inmensos que duermen en la documentación",⁵⁵ de dar voz a un silencio o efectividad a un posible. Se trata de cambiar una cosa, que tenía ya su condición y desempeñaba su papel, en otra cosa que funcione de una manera distinta. Así pues, no se puede llamar "investigación" al estudio que adopta pura y simplemente las clasificaciones de ayer, que, por ejemplo, "se mantiene" en los límites trazados por la serie H del Archivo, y que por lo tanto no define un campo objetivo propio. Un trabajo es "científico" si realiza una redistribución del espacio y consiste en primer lugar en darse un lugar por el "establecimiento de fuentes" —es decir por una acción que instituye y por técnicas que transforman.

Los procedimientos de esta institución nos presentan hoy en día problemas más fundamentales que los que nos presentaron los primeros indicios. Porque cada práctica histórica⁵⁶ no establece su lugar sino gracias al aparato que es a la vez la condición, el medio y el resultado de un desplazamiento. Semejantes a los talleres de la paleotécnica, los archivos nacionales o municipales formaban un segmento del "aparato" que ayer determinaba las operaciones proporcionadas a un sistema de investigación. Pero no se puede pretender cambiar la utilización de los archivos sin que su forma cambie. A preguntas diferentes, la misma institución técnica prohíbe proporcionar respuestas nuevas. De hecho, la situación es al revés: otros "aparatos" permiten desde ahora la investigación de preguntas y de respuestas nuevas. Ciertamente una ideología del "hecho" histórico "real" o "verdadero" se encuentra todavía en nuestros tiempos; aún prolifera en cierta literatura sobre la historia. Pero no es sino la folclorización de prácticas antiguas, una palabra helada que sobrevive a batallas ya terminadas y que muestra el atraso de las "ideas" recibidas en lo referente a las prácticas que han de cambiarlas tarde o temprano.

La transformación de la "archivística" es el punto de partida, la condición de una nueva historia. Está destinada a desempeñar el mismo

⁵⁴ De esta manera, en su *Guide des archives diocésaines françaises* (Centro de Historia del Catolicismo, Lyon, 1971), Jacques Gadille señala "el valor de estos archivos para la investigación histórica", haciendo notar que permiten la constitución de nuevas "series" preciosas para una historia económica o para una historia de las mentalidades (*op. cit.*, pp. 7-14).

⁵⁵ François Furet, "La historia cuantitativa y la construcción del hecho histórico", en J. Le Goff y P. Nora, *Faire de l'histoire*, Gallimard, t. 1, p. 49.

⁵⁶ Es preciso entender aquí, no los métodos propios de tal o cual historiador, sino, como en las ciencias exactas, el conjunto de procedimientos que caracteriza a un período o a un sector de la investigación.

papel que desempeñó la "maquinaria" erudita de los siglos XVII y XVIII. Voy a poner un ejemplo: la intervención de la computadora. François Furet ha mostrado algunos de los efectos producidos por "la constitución de archivos nuevos conservados en cintas perforadas": todo adquiere significado en función de una serie, y no porque se refiera a una "realidad"; sólo es objeto de investigación lo que ya está formalmente construido antes de la programación, etcétera.⁵⁷ Y esto no es sino un elemento particular y una especie de síntoma de una institución científica más extensa. El análisis contemporáneo trastorna los procedimientos ligados al "análisis simbólico" que ha prevalecido desde el romanticismo y que trataba de reconocer un sentido dado y oculto. Este nuevo análisis recupera la confianza en la abstracción que caracterizaba a la época clásica —pero la abstracción de ahora es un conjunto formal de relaciones o "estructura".⁵⁸ Su práctica consiste en construir "modelos" impuestos por decisiones, en "reemplazar el estudio del fenómeno concreto por el de un objeto constituido por su definición", en juzgar el valor científico de dicho objeto según el "campo de preguntas" a las cuales puede responder y según las respuestas que proporciona, y en "fijar los límites de la significabilidad de dicho modelo".⁵⁹

Este último punto es capital en historia. Porque si es verdad que de una manera general el análisis científico contemporáneo trata de reconstruir el objeto partiendo de "simulacros" o de "argumentos", o lo que es lo mismo, trata de darse, junto con los modelos relacionales y los lenguajes (o metalenguajes) que produce, el medio de multiplicar o de transformar sistemas constituidos (físicos, literarios o biológicos), la historia tiende a poner en evidencia "los límites de la significabilidad" de dichos modelos o lenguajes: ella vuelve a encontrar, bajo la forma de un límite relativo a modelos, lo que aparecía ayer bajo el aspecto de un pasado relativo a una epistemología del origen o del fin. Por todo esto, me parece, la historia es fiel a su propósito fundamental que todavía está por definirse, pero del que ya se puede decir que la une simultáneamente a lo real y a la muerte.

La especificación de su función no está determinada por el aparato mismo (la computadora, por ejemplo) que coloca a la historia en el conjunto de presiones y posibilidades nacidas de la institución científica presente. La elucidación de lo propio de la historia está fuera de centro en lo que se refiere al aparato: la historia refluye en el tiempo preparatorio de programación que hace necesario el paso a través del aparato, y es lanzada al otro

⁵⁷ F. Furet, "La historia cuantitativa...", *op. cit.*, pp. 47-48.

⁵⁸ Cfr. al respecto las agudas reflexiones de Michel Serres, *Hermès ou la communication*, Ed. de Minuit, 1968, pp. 26-35.

⁵⁹ André Régner, "¿Matematizar las ciencias del Hombre?" en P. Richard y R. Jaulin, *Anthropologie et calcul*, col. 10/18, 1971, pp. 13-37.

extremo, en el tiempo de *explotación* que introducen los resultados obtenidos. La historia se va elaborando, en función de las *prohibiciones* que fija la máquina, por los objetos de investigación que construye, y en función de lo que *permite* la máquina, por una manera de tratar los productos *standard* de la informática. Pero estas dos operaciones se articulan necesariamente en la institución técnica que inscribe cada investigación en un "sistema generalizado".

Las bibliotecas de ayer ejercían también la función de "colocar" la erudición en un sistema de investigación. Pero se trataba de un sistema regional. Por esta razón los "momentos" epistemológicos (conceptualización, documentación, tratamiento o interpretación) que se distinguen hoy en día en el interior de un sistema generalizado, se podían mezclar estrechamente en el sistema regional de la erudición antigua. El *establecimiento* de las fuentes (valiéndonos de los aparatos actuales) trae consigo no solamente una repartición nueva de las relaciones razón/real o cultura/naturaleza, sino es el principio de una redistribución epistemológica de los momentos de la investigación científica.

En el siglo XVII, la Biblioteca Colbertina —o sus homólogas— era el punto de reunión donde se elaboraban en común las reglas propias de la erudición. Una ciencia se desarrollaba alrededor de este aparato, que queda como el lugar donde circulan y al que se refieren y se someten los investigadores. "Ir al archivo", es el enunciado de una ley tácita de la historia. Otra institución está sustituyendo actualmente a este sitio central. Institución que impone a la práctica una ley, pero diferente. Así debíamos nosotros considerar primero la institución técnica que, como un monumento, organiza el lugar donde circulará en lo sucesivo la investigación científica, antes de analizar más de cerca las trayectorias operacionales que la historia traza en este nuevo espacio.

Hacer resaltar las diferencias: las desviaciones del modelo

La utilización de las técnicas actuales de información lleva al historiador a separar lo que hasta ahora estaba unido en su trabajo: la *construcción* de objetos de investigación y también de unidades de comprensión; la *acumulación* de "datos" (información secundaria o material refinado) y su ordenación en lugares donde pueden ser clasificados o desplazados;⁶⁰ la

⁶⁰ En la medida en que está ligada al uso de la *computadora*, la informática organiza entre las "entradas" y las salidas" la clasificación de símbolos en lugares reservados dentro de la memoria, y su traslación a puntos convenidos, según las instrucciones programadas; también regula las colocaciones y reacomodos en un espacio de información que no deja de tener analogía con las bibliotecas de antaño.

explotación que se ha hecho posible gracias a las diversas operaciones que pueden realizarse con ese material.

En esta línea, hablando con precisión, el tratado histórico se desarrolla dentro de la relación entre los polos extremos de toda la operación: por una parte, la construcción de modelos; por otra, la asignación de una *significabilidad* a los resultados obtenidos al finalizar las combinaciones *informáticas*. La forma más visible de esta relación consiste finalmente en volver significativas las *diferencias* proporcionadas por las unidades formales previamente construidas; en *descubrir lo heterogéneo* que pueda aprovecharse técnicamente. La "interpretación" antigua se convierte, en función del material producido por la constitución de series y sus combinaciones, en un llamado de atención sobre las *desviaciones que han resultado en los modelos*.

Sin duda este esquema sigue siendo abstracto. Muchos estudios actuales vuelven más tangibles al movimiento y su sentido. Por ejemplo, el análisis histórico no tiene como resultado esencial una relación cuantitativa entre la estatura y la alfabetización entre los conscriptos de 1819 a 1826, ni tampoco la demostración de una supervivencia del antiguo régimen en la Francia postrevolucionaria, sino las coincidencias imprevistas, las incoherencias o las ignorancias que esta encuesta nos revela.⁶¹ Lo importante no está en la combinación de series obtenida gracias a un aislamiento previo de rasgos significativos de acuerdo a modelos preconcebidos, sino, por una parte, en la relación entre dichos modelos y los límites que trae consigo su empleo sistemático, y por otra parte, en la capacidad de transformar dichos límites en problemas que puedan tratarse técnicamente. Estos dos aspectos están, por lo demás, coordinados entre sí, puesto que si la diferencia se *manifiesta* gracias a la extensión rigurosa de los modelos construidos, se vuelve *significativa* gracias a la relación que mantiene con ellos debido a una desviación —y precisamente, esta desviación nos permite volver sobre los modelos para corregirlos. Se podría decir que la formalización de la investigación tiene precisamente como objetivo la producción de "errores" —insuficiencias, carencias— que puedan utilizarse científicamente.

Este modo de proceder parece invertir los procesos de la historia que se practicaban en el pasado. Se partía de huellas (manuscritos, piezas raras, etcétera) en número limitado, y se trataba de borrar toda diversidad y de unificarlas en una comprensión coherente.⁶² Pero el valor de esta

⁶¹ E. Le Roy Ladurie y P. Dumont, "Explotación cuantitativa y cartográfica de los archivos militares franceses, 1819-1826", en *Daedalus*, primavera 1971, pp. 397-441; cfr. E. Le Roy Ladurie, *Le Territoire de l'historien*, Gallimard, 1973, pp. 38-87.

⁶² En realidad, la "síntesis" no era terminal; se iba elaborando a lo largo de la manipulación de los documentos. Ya desde entonces se basaba en una desviación respecto a las ideas preconcebidas que la práctica de los textos revelaba y desplazaba siguiendo las operaciones que una disciplina institucional había establecido.

totalización inductiva dependía de la cantidad de información acumulada. Los resultados se tambaleaban cuando su base documental se veía comprometida por los aportes de nuevas investigaciones. La investigación —y su prototipo, la tesis— tendía a prolongar indefinidamente el tiempo de la información, con tal de retrasar el momento fatal en que elementos desconocidos vendrían a minar su base. El desarrollo cuantitativo, con frecuencia monstruoso, de la cacería de documentos, terminaba por introducir en un trabajo vuelto ya interminable, la ley que lo declaraba obsoleto apenas había sido terminado. Ahora hemos atravesado un umbral, más allá del cual esta situación se invierte. Del desarrollo cuantitativo según un modelo estable se pasa a cambios incesantes de modelos.

En efecto, el estudio se establece en nuestros días desde el comienzo sobre unidades que el mismo estudio define, en la medida en que es capaz y debe ser capaz de fijarse a priori objetos, niveles y taxonomías de análisis. La coherencia es inicial. La cantidad de información que puede tratarse en función de estas normas se ha convertido, gracias a la computadora, en algo indefinido. La investigación cambia de frente. Apoyándose sobre totalidades formales establecidas por decisión, se dirige hacia las desviaciones que revelan las combinaciones lógicas de series y se desempeña mejor en los límites. Si tomamos un vocabulario antiguo que ya no corresponde a la nueva trayectoria, podríamos decir que la investigación ya no parte de “rarezas” (restos del pasado) para llegar a una síntesis (comprensión presente), sino que parte de una formalización (un sistema presente) para dar lugar a “restos” (indicios de límites, y por ahí, a un “pasado” que es el producto de un trabajo).

Este movimiento, sin duda se ha acelerado debido al empleo de la computadora, y además la ha precedido —así como toda una organización técnica ha precedido a la computadora, que viene siendo un síntoma *añadido*. Es necesario observar un fenómeno extraño en la historiografía contemporánea. El historiador ya no es un hombre capaz de construir un imperio. Ya no pretende alcanzar el paraíso de una historia global. Se limita a circular *alrededor* de racionalizaciones adquiridas. Trabaja en los márgenes. Desde este punto de vista se convierte en un merodeador. En una sociedad dotada para la generalización, dueña de potentes medios centralizadores, el historiador avanza hacia las fronteras de las grandes regiones explotadas; “hace una desviación” hacia la brujería,⁶³ la locura,⁶⁴ las fiestas,⁶⁵ la

⁶³ Cfr. Robert Mandrou, *Magistrats et sorciers en France au XVII^e, siècle*, Plon, 1968, y la abundante literatura histórica sobre la materia.

⁶⁴ Sobre todo después de Michel Foucault, *Histoire de la folie à l'âge classique*, Plon, 1961, reed. Gallimard, 1972.

⁶⁵ Cfr. en particular Mona Ozouf, “De Termidor a Brumario: los discursos de la Revolución sobre ella misma”, en *Au siècle des Lumières*, Sevpen, 1970, pp. 157-187, y “El cortejo y la ciudad. Los itinerarios parisienses de las fiestas revolucionarias”, en *Annales ESC*, XXVI, 1971, pp. 889-916.

literatura popular,⁶⁶ el mundo olvidado del campesino.⁶⁷ Occitania⁶⁸ y otras zonas silenciosas.

Estos nuevos objetos de estudio dan testimonio de un movimiento que se esboza desde hace muchos años en las estrategias de la historia. Así, Fernand Braudel mostraba cómo los estudios sobre las “áreas culturales” tienen la ventaja de situarse en lo sucesivo en los lugares de tránsito, donde pueden observarse los fenómenos de “frontera”, de “préstamo” o de “rechazo”.⁶⁹ El interés científico de estos trabajos consiste en la relación que mantienen con totalidades impuestas o supuestas —“una coherencia en el espacio”, “una permanencia en el tiempo”— y en los correctivos que pueden aportar. Sin duda alguna es necesario considerar bajo esta perspectiva muchas de las investigaciones actuales. Aun la biografía desempeña el papel de una distancia y de un margen *proporcionados* a construcciones globales. La investigación utiliza objetos que tienen la forma de su práctica: ellos le proporcionan el medio de *hacer resaltar las diferencias* relativas a las continuidades o a las unidades de donde parte el análisis.

El trabajo sobre el límite

Esta estrategia de la práctica histórica la prepara a una teorización más conforme a las posibilidades ofrecidas por las ciencias de la información.

Podría ocurrir que dicha estrategia especificara cada vez más no solamente los métodos, sino la función de la historia en el conjunto de las ciencias actuales. Sus métodos no consisten más, en efecto, en procurar objetos “auténticos” al conocimiento; su papel social no es más (a no ser en la literatura especulativa llamada de vulgarización) el proveer a la sociedad de representaciones globales de su origen. La historia no ocupa más, como en el siglo XIX, el lugar *central* organizado por una epistemolo-

⁶⁶ Cfr. Paul Delarue, *Le Conte populaire français*, 1957; Robert Mandrou, *De la culture populaire en France aux XVIII^e et XVIII^e siècles*, Mouton, 1969- Marie-Louise Tenèze, “Introducción al estudio de la literatura oral: el cuento”, en *Annales ESC*, XXIV, 1969, pp. 1104-1120, para no hablar de los trabajos más “literarios” de Marc Soriano (*Les Contes de Perrault*, Gallimard, 1968) o de Mikhail Bakhtine (*L' Oeuvre de F. Rabelais et la culture populaire...*, Gallimard, 1970), etcétera.

⁶⁷ Acerca de los campesinos, cfr. ante todo las publicaciones de E. Le Roy Ladurie, *op. cit.*, *Acerca de los pobres*, los trabajos de Jacques Le Goff y, desde hace diez años, las “Investigaciones sobre los pobres y la pobreza en la Edad Media” dirigidas por Michel Mollat.

⁶⁸ Cfr. Robert Lafont, *Renaissance du Sud*, Gallimard, 1970, etcétera, y también André Larzac, “Descolonizar la historia occitana”, en *Les Temps modernes*, noviembre 1971, pp. 676-696.

⁶⁹ “La Historia de las civilizaciones: el pasado explica al presente”, uno de los estudios metodológicos más importantes de Fernand Braudel, reimpresso en *Écrits sur l' histoire*, Flammarion, 1969, pp. 255-314 (ver sobre todo pp. 29-296).

gía, que al perder la realidad como sustancia ontológica, trataba de encontrarla como fuerza histórica, *Zeitgeist*, y de permanecer oculta en el interior del cuerpo social.

La historia ya no conserva la función totalizadora que consistía en sustituir a la filosofía en el oficio de indicar el sentido de las cosas.

La historia interviene en el modo de realizar una experimentación crítica de modelos sociológicos, económicos, psicológicos o culturales. Se dice que utiliza un "instrumental prestado" (P. Vilar), y es cierto. Pero precisamente la historia *pone a prueba* este instrumental al transferirlo a terrenos diferentes, del mismo modo como se "prueba" un automóvil de turismo obligándolo a trabajar en pistas de carreras a velocidades y en condiciones que *exceden* sus normas. La historia se convierte en un lugar de "control", donde se ejercita una "función de falsificación".⁷⁰ Allí puede caerse en la cuenta de hasta dónde llegan los límites de significabilidad relativos a "modelos" que son "ensayados" uno por uno por la historia en campos ajenos a los de su propia elaboración.

Este funcionamiento puede señalarse, para poner algunos ejemplos, en dos de sus momentos esenciales: el primero señala la relación de lo real con el modo del *hecho histórico*; el segundo indica el *uso de "modelos"* recibidos, y por lo tanto la relación de la historia con una razón contemporánea. Se refieren principalmente, el primero, a la organización interna de los procesos históricos; el segundo, a su articulación en campos científicos diferentes.

1. Los hechos han encontrado a su campeón, Paul Veyne, maravilloso cortador de cabezas abstractas. Como es normal, levanta la bandera de un movimiento que lo precedió. No solamente porque cada verdadero historiador sigue siendo un poeta del detalle y hace sonar sin cesar, como el esteta, las mil armonías que una pieza rara despierta en un campo de conocimientos, sino sobre todo porque los formalismos confieren hoy en día una nueva importancia al *detalle que hace excepción*. Dicho de otra manera, este retorno a los hechos no puede alistarse en una campaña con el monstruo del "estructuralismo", ni ponerse al servicio de una regresión hacia ideologías o prácticas anteriores. El retorno se inscribe, por el contrario, en la línea del análisis estructural, pero como un desarrollo del mismo. Porque el "hecho" del que se tratará en lo sucesivo no es el que ofrece al saber observador la emergencia de una *realidad*. Combinado con un modelo construido, toma la forma de una *diferencia*. El historiador, pues, no está colocado ante una alternativa de la bolsa o la vida —la ley o el hecho (dos conceptos que, por lo demás, se esfuman cada vez más en la epistemología contemporánea).⁷¹ El historiador

⁷⁰ Cfr. *supra*, p. 70, n. 7.

⁷¹ Adoptando una concepción bastante anticuada de las ciencias exactas ("la física es un cuerpo de leyes", escribe), P. Veyne le opone una historia que sería "un cuerpo de hechos" (*Comment on écrit l'histoire*, op. cit., pp. 21-22).

obtiene de sus mismos modelos la capacidad de hacer aparecer desviaciones. Si durante algún tiempo esperó una "totalización"⁷² y creyó poder reconciliar diversos sistemas de interpretación, de tal manera que pudiera cubrir toda su información, se interesa ahora prioritariamente en las manifestaciones complejas de las diferencias. Con este título, el lugar donde el historiador se establece puede todavía, por analogía, llevar el nombre venerable de "hecho": el hecho es la diferencia.

Así pues, la relación con lo real se convierte en una *relación* entre los términos de una operación. Fernand Braudel daba ya una significación completamente funcional al análisis de los fenómenos de frontera. Los objetos que proponía a la investigación estaban determinados en función de una operación que había que comenzar (y no de una realidad que había que alcanzar), y relacionados con modelos existentes.⁷³ Como resultado de este tipo de acción, el "hecho" es la designación de una relación. También el acontecimiento puede recuperar de la misma manera su definición de corte. Ciertamente, ya no corta el espesor de una realidad cuyo fondo nos sería visible a través de una transparencia del lenguaje o que llegaría por fragmentos a la superficie de nuestro saber. Todo el acontecimiento se refiere a una combinación, de series racionalmente aisladas, entre las cuales él es capaz de *marcar* a su vez los cruzamientos, las condiciones de posibilidad y los límites de validez.⁷⁴

⁷² Después de que Henri Berr combinó, en su concepción de la historia, el método comparatista, el primado de lo "social" y el "gusto permanente de las ideas generales", esta "Totalización" representa un retorno al espíritu de *síntesis* y una recreación contra la fragmentación erudita de la "historia atomista", más que la pretensión de establecer un discurso histórico universal. A partir de Mauss, Durkheim, Vidal de la Blanche, esta concepción tiende a hacer prevalecer la idea de *organización* sobre la de *hecho* o *acontecimiento*. Cfr. H.D. Mann, *Lucien Febvre...*, op. cit., pp. 73-92. En "Teoría y práctica de la historia" (en *Revue historique*, LXXXIX, 1965, pp. 139-170), Henri-Irénée Marrou recupera la idea de una "historia general" que resiste a la especialización de los métodos y a la diversificación de las cronologías según los niveles: él desea una "historia total que trataría de captar en toda su complejidad al ovillo enmarañado de las historias particulares" (op. cit., p. 169).

⁷³ El objeto de estudio tiene, en F. Braudel, la significación de ser una "piedra de toque", una operación táctica relativa a una situación de la investigación y proporcionada a una "definición" (de la civilización) planteada no como la más verdadera, sino como "la más fácil de manejar para proseguir mejor nuestro trabajo" (*Écrits sur l'histoire*, op. cit., pp. 288-294; el subrayado es mío).

⁷⁴ Me parece que a propósito de Paul Bois (*Les Paysans de l'Ouest*, Mouton, 1960; ed. de bolsillo, Flammarion, 1971), E. Le Roy Ladurie plantea un problema muy parecido a lo que él llama historia "evento-estructural" ("Acontecimiento y larga duración en la historia social: el ejemplo chouan", en *Le Territoire de l'historien*, Gallimard, 1973, pp. 169-186). Pero en este caso, el acontecimiento se me presenta a la vez como la *cuestión planteada por la relación* entre dos series rigurosamente aisladas (la infraestructura económica de la Sarthe y la estructura mental que divide al país en dos campos políticos) y como el *medio de responder a la cuestión coordinándolas* (para que cambie la relación entre ellas, debe pasar alguna cosa). Bajo la forma del "momento" 1790-1799, el acontecimiento *sirve* para *designar* una diferencia en su relación. La división más sistemática de las dos series produce, en Bois, un doble efecto, por una parte "hace destacar" (como cuestión) una diferencia de relación y, por otra, fija en esa

2. Todo esto implica ya una manera "histórica" de volver a emplear los modelos tomados de otras ciencias y de situar en relación con ellas una función de la historia. Un estudio de Pierre Vilar nos permite explicitar el principio. A propósito de los trabajos de J. Marczewski y de J.C. Toutain, Vilar señalaba los errores adonde nos llevaría la "aplicación" sistemática de nuestros conceptos y de nuestros modelos económicos contemporáneos al estudio del Antiguo Régimen. Pero el problema es más amplio. Para Marczewski, el economista se caracteriza por la "construcción de un sistema de referencias", y el historiador es el que "se sirve de la teoría económica". Esto plantea una problemática que hace de una ciencia el instrumento de otra y que puede invertirse continuamente: finalmente, ¿quién "utiliza" a quién? P. Vilar hacía a un lado semejante concepción. En su opinión, la historia tenía por objeto analizar las "condiciones" en las cuales los modelos tienen valor y, por ejemplo, precisar los "límites exactos de las posibilidades" de una "econometría retrospectiva. La historia pone de manifiesto un *heterogéneo relativo* a los conjuntos *homogéneos* constituidos por cada disciplina. Ella podría también relacionar unos con otros los límites propios de cada sistema o "nivel" de análisis (económico, social, etcétera).⁷⁵ De esta manera, la historia se convierte en un "auxiliar", según una expresión de Pierre Chaunu.⁷⁶ Esto no quiere decir que esté "al servicio" de la economía, pero la relación que mantiene con otras ciencias le permite ejercer, en relación con cada una de ellas, una función crítica necesaria, y le sugiere también la idea de articular en un conjunto los límites que ha hecho resaltar.

En otros sectores encontramos la misma complementariedad. En urbanismo, la historia podría, "gracias a las *diferencias*, hacernos captar la especificidad del espacio que tenemos derecho a exigir a los planificadores actuales"; permitir "una *crítica* radical de los conceptos operativos del urbanismo"; e inversamente, en lo referente a los modelos de una nueva organización espacial, informarnos acerca de las *resistencias* sociales gracias al análisis de "estructuras profundas que evolucionan lentamente".⁷⁷

coyuntura el lugar de lo que en el discurso toma la figura histórica del acontecimiento.

⁷⁵ Pierre Vilar, "Para una mejor comprensión entre economistas e historiadores", en *Revue historique*. CCXXXIII, 1965, pp. 293-312.

⁷⁶ Pierre Chaunu, "Historia cuantitativa e historia serial", en *Cahiers Vilfredo Pareto*, Ginebra, Droz, 3, 1964, pp. 165-175, o *Histoire science sociale*, Sedes, 1974, p. 61.

⁷⁷ F. Choay, "La Historia y el método en urbanismo", *op. cit.*, pp. 1151-1153 (el subrayado es mío). Como lo sugiere por su parte Christopher Alexander (*De la synthèse de la forme*, Dunod, 1971, pp. 6-9), precisamente gracias a una explicación lógica, a la *construcción* actual de "estructuras de conjunto", y por consiguiente a una "pérdida de su inocencia" intuitiva, el urbanista descubre una pertinencia a las diferencias históricas —ya para distinguirse de las concepciones pasadas, ya para relativizar las suyas, ya para apoyarlas sobre situaciones complejas que resistan al rigor de un modelo teórico.

Una táctica de la desviación especificaría la intervención de la historia. Por su parte la epistemología de las ciencias parte de una teoría presente (en biología, por ejemplo) y encuentra a la historia en la modalidad de *lo que no había sido aclarado*, o pensado, o considerado posible, o articulado anteriormente,⁷⁸ en estos casos, el pasado aparece en un principio como "lo que faltaba". La inteligencia de la historia está ligada a la capacidad de organizar diferencias o ausencias *significativas* y jerarquizables, porque se refieren a formalizaciones científicas actuales.

Una observación de Georges Canguilhem sobre la historia de las ciencias⁷⁹ puede generalizarse, y dar a esta posición de "auxiliar" todo su alcance. En efecto, la historia parece tener un objetivo fluctuante cuya determinación se debe menos a una decisión autónoma que a su *interés* y a su importancia para otras ciencias. Un interés científico "exterior" a la historia define los objetivos que ella misma se da y las regiones adonde se dirige sucesivamente, según los campos que a su vez van siendo los más decisivos (sociológico, económico, demográfico, cultural, psicoanalítico, etcétera), y conforme a las problemáticas que los organizan. Pero el historiador toma por su cuenta *este interés* como una tarea propia en el conjunto más amplio de la investigación. Así se crean laboratorios de experimentación epistemológica.⁸⁰ Ciertamente, el historiador no puede dar una forma objetiva a este tipo de exámenes, sino combinando los modelos con otros sectores de su documentación sobre una sociedad. De aquí proviene su paradoja: él confronta las formalizaciones *científicas* que escoge para ponerlas a prueba, con los objetos *no científicos* con los cuales está llevando a cabo dicha prueba. La historia, pues, no deja de ejercitar la función que ha ejercido a lo largo de los siglos en lo que se refiere a "razones" muy diferentes, función que interesa a cada una de las ciencias constituidas, puesto que es una crítica de ellas.

⁷⁸ Así lo afirma Michel Foucault: "Hasta el fin del siglo XVIII, la vida no existe, solamente existen los seres vivos" (*Les Mots et les Choses*, Gallimard, 1966, p. 173), o François Jacob acerca de la inexistencia de la idea de vida "hasta principios del siglo XIX (*La logique du vivant*, Gallimard, 1970, p. 103): un ejemplo entre mil.

⁷⁹ G. Canguilhem, *Études d'histoire et philosophie des sciences*, Vrin, 1968, p. 18. Cfr. las observaciones de Michel Fichant, *Sur l'histoire des sciences*, Maspero, 1969, p. 55.

⁸⁰ "A field of epistemological enquiry", escribe Gordon Leff (*History and Social Theory*, University of Alabama, Press, 1969, p. 1). Un ejemplo típico y sin duda excesivamente metodológico, es el estudio original de John McLeish (*Evangelical Religion and Popular Education*, Londres, Methuen, 1969) que "ensaya" sucesivamente varias teorías (Marx, Malinowski, Freud, Parsons): hace del problema histórico (las campañas escolares de Griffith Jones y de Hannah More en el siglo XVIII) *a case study method* (*op. cit.*, p. 165), el medio de verificar la validez y los límites propios de cada una de las teorías.

Este trabajo sobre los límites podría ser descubierto en otros lados, y no solamente donde se puede recurrir a “hechos” históricos o donde se tratan “modelos” teóricos. No obstante si aceptamos estas *ligeras* indicaciones, ya nos orientan hacia una definición de la totalidad de la investigación. La estrategia de la práctica histórica implica un estadio determinado de la historia. No nos extrañemos, pues, que la naturaleza de una ciencia sea el postulado que extraigamos de sus procedimientos efectivos, y que este mismo postulado sea el medio de precisarlos. Si no hacemos esto, cada disciplina se podría identificar con una esencia de la cual se presumiría que se presenta *con* todas sus vicisitudes técnicas sucesivas, que sobrevive (no se sabe dónde) a cada una de ellas, y que solamente tiene con la práctica una relación accidental.

El breve examen de su práctica parece permitirnos precisar tres aspectos conexos de la historia; la mutación del “sentido” o de lo “real” en la producción de *desviaciones significativas*; la posición de lo particular como *límite de lo pensable*; la composición de un lugar que establece en el presente la *figuración ambivalente del pasado y del futuro*.

1. El primer aspecto supone un cambio de dirección del conocimiento histórico desde hace un siglo. Hace cien años, el conocimiento histórico representaba a una sociedad bajo el aspecto de una recolección-colección de todo lo que había llegado a ser. Es verdad que la historia se había fragmentado en una pluralidad de historias (biológicas, económicas, lingüísticas, etcétera).⁸¹ Pero entre estas positividades dispersas, como entre los ciclos diferenciados que caracterizaban a cada una de ellas, el conocimiento histórico restauraba lo *mismo* gracias a la común relación con una *evolución*. Él volvía a unir todas estas discontinuidades al recorrerlas como figuras sucesivas o coexistentes de un mismo *sentido* (es decir de una orientación), y al manifestar en un texto más o menos teológico la unicidad interior de una dirección o de un proceso de cambio.⁸²

Actualmente, el conocimiento histórico es juzgado más bien por su capacidad para medir exactamente las *desviaciones* —no sólo cuantitativas (curvas de población, de salarios, o de publicaciones), sino también cualitativas (diferencias estructurales)— en relación con las construcciones

⁸¹ Cfr. las reflexiones análogas de Michel Foucault, “La Historia” (en *Les Mots et les Choses*, op. cit., pp. 378-385) acerca de la unión entre la desmultiplicación de la historia en historias positivas particulares (de la naturaleza, de la riqueza o del lenguaje) y su condición común de posibilidad —la historicidad o la limitación del hombre.

⁸² Desde hace mucho tiempo, los historiadores y teóricos americanos han manifestado sus reticencias ante el uso “peligroso” de las nociones de *Meaning* o *Significance* en historia. Cfr. Patrick Gardiner, *Theories of History*, New York, The Free Press (1959), 1967, pp. 7-8; Arthur C. Danto, *Analytical Philosophy of History*, Cambridge University Press, 1965 pp. 7-9; etcétera.

formales presentes. En otros términos, el conocimiento tiene por conclusión lo que era la forma del *incipit* en los relatos históricos antiguos: “Antiguamente *no era* como hoy”. Cultivada metódicamente, esta distancia (“no era...”) se ha convertido en el resultado de la investigación, en lugar de ser su postulado y su cuestión. Asimismo el “sentido” se ha ido eliminando, por hipótesis, de los campos científicos, a medida que éstos se han ido constituyendo. El conocimiento histórico pone en evidencia no un sentido, sino las *excepciones* que aparecen al aplicar modelos económicos, demográficos o sociológicos a diversas regiones de la documentación. El trabajo consiste en *producir algo negativo que sea significativo*. Se ha especializado en la fabricación de *diferencias significativas* que permiten “imponer” un rigor más grande en las programaciones, y explotarlas más sistemáticamente.

2. De un modo cercano al primer aspecto, el segundo se refiere al elemento que con todo derecho se ha convertido en la especialidad de la historia: *lo particular* (al que G.R. Elton distingue justamente de “lo individual”). Si es verdad que lo particular especifica a la vez la atención y la investigación, esto no lo hace como un objeto pensado, sino al contrario, porque es el *límite de lo pensable*. Lo único pensado es lo universal. El historiador se instala en una frontera donde la ley de una inteligibilidad encuentra su límite como algo que no logra superar al desplazarse, y que no deja de encontrar bajo otras formas. Si la “comprensión” histórica no se encierra en la tautología de la leyenda o no huye hacia la ideología, tiene como primera característica no el convertir en pensables las series de datos trillados (aunque allí esté la “base”), sino el *nunca renunciar a la relación que las “regularidades” mantienen con las “particularidades”* que se les escapan. El detalle biográfico, una toponimia aberrante, una caída local de salarios, etcétera: todas estas formas de la excepción, simbolizadas por la importancia del nombre propio en la historia, renuevan la tensión entre los sistemas explicativos y “eso” todavía inexplicado. Y designar al *eso* como un “hecho” no es sino una manera de nombrar lo incomprendido; es un *Meinen* y no un *Verstehen*. Pero también es mantener como necesario lo que todavía no ha sido pensado.⁸³

Sin duda debemos vincular esta experiencia con el pragmatismo que está latente en cada historiador y que lo impulsa a ridiculizar rápidamente la teoría. Pero sería ilusorio creer que con sólo decir: “es un hecho” o “así ocurrió”, ya tenemos una comprensión. La crónica o la erudición que se contenta con sumar particularidades ignora nada menos que la ley que la organiza. Este discurso, como el de la hagiografía o el de las “noti-

⁸³ Cfr. M. de Certeau, *l' Absent de l' histoire*, Mame, col. “Ciencias humanas, ideologías”, 1973, principalmente pp. 171 ss, “Alteraciones”.

cias breves” de los periódicos⁸⁴ no hace sino ilustrar con mil variantes las antinomias *generales* propias de una retórica de lo excepcional, además cae con frecuencia en la banalidad de la repetición. En realidad la particularidad tiene como razón de su competencia el actuar en el fondo de una formalización explícita; como función, el introducir un interrogante; como significación, el remitirnos a actos, a personas y a todo lo que queda fuera tanto del saber como del discurso.

3. El lugar que la historia crea al combinar el modelo con sus desviaciones o al actuar en las fronteras de la regularidad, representa un tercer aspecto de su definición. Más importante que la referencia al pasado es su introducción bajo el título de una distancia previamente tomada. Una falla se insinúa en la coherencia científica de un presente, y ¿cómo podría insinuarse efectivamente si no es por algo que puede ser objetivado, el pasado, que tiene como función significar lo que se refiere a otro? Aun cuando la etnología se ha unido parcialmente con la historia en la tarea de establecer una *escenificación de lo otro* en el presente —por esta razón las dos disciplinas mantienen relaciones muy estrechas—, el pasado es ante todo el medio de *representar* una diferencia. La operación histórica consiste en dividir el dato según una ley presente que se distingue de su “otro” (pasado), en tomar una distancia respecto a una situación adquirida y en señalar con un discurso el cambio efectivo que ha permitido este distanciamiento.

El distanciamiento produce un doble efecto. Por una parte, historiciza lo actual; hablando propiamente, presentifica una situación vivida, obliga a explicitar la relación de la razón reinante con un *lugar* propio que, por oposición a un “pasado”, se convierte en presente. Una relación de reciprocidad entre la ley y su límite engendra simultáneamente la diferenciación de un presente y de un pasado.

Pero por otra parte, la figura del pasado conserva su valor primitivo de representar *lo que hace falta*. Con un material que, puesto que es objetivo, está necesariamente *allí*, pero que connota un pasado en la medida en que nos remite a una ausencia, que a su vez introduce la falla de un futuro. Un grupo, ya se sabe, no puede expresar lo que tiene ante sí —lo que todavía falta— sino por una redistribución de su pasado. Así la historia es siempre ambivalente: el lugar que labra en el pasado es al mismo tiempo una manera de *abrir el paso a un porvenir*. Al vacilar entre el exotismo y la crítica bajo el pretexto de una escenificación del otro, la historia oscila entre el conservatismo y el utopismo debido a su función de significar una carencia. En sus formas extremas, ella llega a ser, en el primer caso, legendaria o polémica; en el segundo, reacciona-

⁸⁴ Cfr. Roland Barthes, “Estructura de la noticia breve”, en *Essais critiques*, Seuil, 1964, o *infra*, “La edificación hagio-gráfica”, pp. 257 ss.

ria o revolucionaria. Pero estos excesos no nos harán olvidar lo que está inscrito en su práctica más rigurosa, la de *simbolizar el límite* y por esto mismo *volver posible una superación*. El viejo adagio de las “lecciones de historia” recupera una significación en esta perspectiva, si dejando a un lado una ideología de herederos, se identifica la “moral de la historia” con el intersticio creado en la actualidad por la representación de diferencias.

3. Una escritura

La representación —escenificación literaria— no es “histórica” sino cuando se apoya en un *lugar social* de la operación científica, y cuando está, institucional y técnicamente, ligada a una *práctica de la desviación* referente a modelos culturales o teóricos contemporáneos. No hay relato histórico donde no está explicitada la relación con un cuerpo social y con una institución de saber. Además es necesario que haya “representación”; debe formarse el espacio de una figuración. Aun si hacemos a un lado todo lo que se refiere, hablando con propiedad, a un análisis estructural del discurso histórico,⁸⁵ tenemos que considerar la operación que nos hace pasar de la práctica investigadora a la escritura.

La inversión de la escritura

El *writing*,⁸⁶ o *la construcción de una escritura* (en el sentido amplio de una organización de significantes), es un paso extraño desde diferentes puntos de vista. Nos conduce de la práctica al texto. Una transformación asegura el tránsito desde lo indefinido de la “investigación” a lo que H.I. Marrou llama la “servidumbre” de la escritura⁸⁷ “Servidumbre”, en efecto, porque la fundación de un espacio textual lleva consigo una serie de distorsiones en lo referente a los procedimientos del análisis. Con el discurso parece imponerse una ley contraria a las reglas de la práctica.

La primera coacción del discurso consiste en prescribir como comienzo lo que en realidad es un punto de llegada, y aun un punto de fuga en la investigación. Mientras que esta última comienza en la actualidad de un lugar social y de un aparato institucional o conceptual determinado, la ex-

⁸⁵ Sobre este punto, cfr. Roland Barthes, “El Discurso de la historia” en *Social Science Information*, VI, 4, 1967, pp. 65-75; Erhardt Gütgemans, “*Texto e historia*, categorías fundamentales de una Poética generadora”, en *Linguística Bíblica* (Bonn), núm. 11, 1972; e *infra*, n. 104.

⁸⁶ En *The Practice of History* (New York, T.Y. Crowell Co., 1970, pp. 88-141), G.R. Elton dedica la parte central de su análisis a la escritura —*Writing*.

⁸⁷ Henri -Irénee Marrou, *De la connaissance historique*, Seuil, 1954, p. 279.

posición sigue un orden *cronológico*. Toma lo más antiguo como punto de partida. Al convertirse en texto, la historia obedece a una segunda coacción. La prioridad que la práctica da a una táctica de la desviación en lo referente a la base proporcionada por los modelos, parece ser contradicha por la *conclusión* del libro o del artículo. Mientras que la investigación es interminable, el texto debe tener un fin, y esta estructura de conclusión asciende hasta la introducción, ya organizada por el deber de acabar. Así pues, el conjunto se presenta como una arquitectura estable de elementos, de reglas y de conceptos históricos que forman sistema entre ellos, y cuya coherencia depende de una unidad designada por el nombre propio del autor. Finalmente, para limitarnos a algunos ejemplos, la representación de la escritura es “plena”: llena o tapa las lagunas que constituyen, por el contrario, el principio mismo de la investigación, siempre agujoneada por la carencia. Dicho de otro modo, por medio de un conjunto de figuras, de relatos y de nombres propios, la escritura vuelve *presente*, representa lo que la práctica capta como su límite, como excepción o como diferencia, como pasado. Con estos rasgos —la inversión del orden, la limitación del texto, la sustitución de una presencia de sentido al trabajo en una laguna—, se mide la “servidumbre” que el discurso impone a la investigación.

¿Sería, pues, la escritura imagen invertida de la práctica? Tendría, como en las criptografías, en los juegos de niños o en las imitaciones de monedas hechas por falsificadores, el valor de una *escritura para leerse en un espejo*,⁸⁸ ficción fabricadora de engaños y de secretos, que esboza la clave de un silencio por la inversión de una práctica normativa y de su codificación social. Pasa lo mismo con los *Espejos de la historia*. Ciertamente, estos ritmos ocultan su relación con prácticas que ya no son históricas sino políticas y comerciales, pero al servirse de un pasado para negar el presente que están repitiendo, ponen aparte algo extraño a las relaciones sociales actuales, *producen algo secreto* en el lenguaje; sus juegos evocan una imagen del pasado que puede contarse con leyendas que invierten las conductas del trabajo y toman su lugar. La escritura para leerse en espejo es seria por lo que hace —decir otra cosa por la inversión del código de prácticas—; es ilusoria únicamente en la medida en que, al ignorar lo que ella hace, identificamos su secreto con lo que pone en el lenguaje y no con lo que quita.

De hecho, la escritura historiadora —o historiografía— permanece controlada por las prácticas de donde resulta; más aún, es en sí misma una práctica social que fija a su lector un lugar bien determinado al

⁸⁸ Cfr. J.M. Lévy, “La escritura para leerse en un espejo de los pequeños escolares”, en *Journal de psychologie normale et pathologique*, t. xxxii, 1935, pp. 443-454, y sobre todo J. de Ajuriaguerra, R. Diaktine y H. de Gobineau, “La Escritura para leerse en un espejo”, en *La semaine des hôpitaux de Paris*, 1956, núm. 2, pp. 80-86.

redistribuir el espacio de las referencias simbólicas, imponiendo así una “lección”: es didáctica y magisterial. Pero al mismo tiempo, funciona como imagen invertida; da lugar a la carencia y luego la oculta; crea relatos del pasado que son el equivalente de los cementerios en las ciudades; exorciza y confiesa una presencia de la muerte en medio de los vivos. Actuando en dos escenarios, a la vez contractual y legendaria, escritura performativa⁸⁹ y escritura para leerse en espejo, tiene el estadio ambivalente de “hacer la historia”, como lo ha demostrado Jean-Pierre Faye,⁹⁰ y al mismo tiempo de “contar historias”, es decir de imponer las coacciones de un poder y de proporcionar escapatorias. “Instruir deleitando”, se decía antiguamente. Precisando más algunos aspectos de la construcción historiográfica, las relaciones de diferencia y de continuidad que la escritura mantiene con una disciplina de trabajo, pueden aparecer mejor,⁹¹ así como también su función social como práctica.

En efecto, al separarse del trabajo cotidiano —incertidumbres, conflictos, combinaciones de microdecisiones que caracterizan a la investigación concreta—, el discurso se sitúa fuera de la experiencia que lo acredita, se disocia del *tiempo que pasa*, olvida el transcurso de los trabajos y de los días, para proporcionarnos “modelos” en el cuadro “ficticio” del *tiempo pasado*. Ya se ha demostrado todo lo que había de arbitrario en esta construcción. Se trata, pues, de un problema general. Así, el *Cuaderno rojo* de Claude Bernard (1850-1860) presenta una crónica ya distante de la experiencia efectiva del laboratorio; y la teoría, la *Introducción al estudio de la medicina experimental* (1865), se halla a su vez atrasada, simplificada y reducida respecto al *Cuaderno*.⁹² Entre otros mil, este ejemplo nos muestra el paso de la práctica a la crónica y de la crónica a una didáctica. Sólo una distorsión permite la introducción de la “experiencia” en otra práctica, igualmente social, pero simbólica, escriturística, que sustituye el trabajo de una investigación por la autoridad de un saber. ¿Qué es lo que *fabrica* el historiador cuando se convierte en *escritor*? Su mismo discurso lo debe confesar.

⁸⁹ Acerca de la performatividad, cfr. *infra*, pp. 112 y 116-118.

⁹⁰ Jean-Pierre Faye, *Langages totalitaires y Théorie du récit*, Hermann 1972.

⁹¹ Cfr. Roberto Minguélez, “El relato histórico: legalidad y significación”, en *Semiótica*, t. s, núm. 1, 1971, pp. 20-36, y del mismo autor, *Sujet et histoire*, Ottawa, ed. de l’Université, 1973.

⁹² Cfr. M.D. Grmek, *Raisonnement experimental et recherches toxicologiques chez Claude de Bernard*, Ginebra, Droz, 1973. Este estudio minucioso cuyo interés supera en mucho al caso particular de C. Bernard, permite captar en vivo los desfases que hacen pasar de la *experiencia* (en este caso controlada) a la “*crónica*”, y de la crónica al discurso *didáctico* —teoría o “*historia*”.

Los resultados de la investigación se exponen según un orden cronológico. Ciertamente, la constitución de series, el aislamiento de "coyunturas" globales, como también las técnicas de la novela o del cine, han suavizado la rigidez de este orden, permitido el establecimiento de cuadros sincrónicos y renovado los medios tradicionales que hacen actuar entre ellos momentos diferentes. Esto no obsta para que toda historiografía nos plantee un *tiempo de las cosas* como el contrapunto y la condición de un *tiempo discursivo* (el discurso "avanza" más o menos aprisa, se retarda o se precipita). Por medio de este tiempo referencial, la historiografía puede condensar o extender su propio tiempo,⁹³ producir efectos de sentido, redistribuir y codificar la uniformidad del tiempo que corre. Esta diferencia tiene ya la forma de un desdoblamiento, crea un juego y proporciona a un saber la posibilidad de producirse en un "tiempo discursivo" (o tiempo "diegético", como dice Genette) distante del tiempo "real". El servicio proporcionado a la historiografía por la remisión a ese tiempo referencial, puede considerarse bajo diversos aspectos.

El primero (que se volverá a encontrar bajo otras formas), es el de *volver compatibles a los contrarios*. Un ejemplo sencillo: se puede decir "hace buen tiempo" o "no hace buen tiempo". Estas dos proposiciones no pueden ser mantenidas a la vez, sino solamente *una* u *otra*. Por el contrario, si introducimos la diferencia de tiempo de manera que transformemos las dos proposiciones en "ayer hacía buen tiempo" y "hoy no hace buen tiempo", es legítimo mantener al mismo tiempo *una* y *otra*. Los contrarios son pues compatibles en el *mismo* texto, con la condición de que éste sea *narrativo*. La temporalización crea la posibilidad de volver coherentes a un "orden" y a su "heteróclito". En relación con el "espacio plano" de un sistema, la narrativización crea un "espesor" que permite colocar, *junto* al sistema, a su contrario o a su resto. Una perspectiva histórica autoriza, pues, la operación que, desde el mismo lugar y en el mismo texto, sustituye la conjunción a la disyunción, mantiene al mismo tiempo enunciados contrarios, y más ampliamente, supera la diferencia entre un orden y lo que queda fuera de él. Ella es, pues, el instrumento por excelencia de todo discurso que trata de "comprender" posiciones antinómicas (basta que uno

⁹³ Desde este punto de vista, la historiografía puede obtener una eficacia mucho mayor valiéndose de los medios técnicos perfeccionados por el cine. Cfr., ejemplo interesante, Gilbert Rouget, "Una experiencia de cine sincrónico en cámara lenta" (en *L'Homme*, t. XI, núm. 2, 1971, pp. 113-117), a propósito del *Zeitregler* o "estirador de tiempo" (*Stretcher*) que permite dilatar o contraer el tiempo sonoro sin deformarlo, y por consiguiente presentar la imagen más lenta o más rápida. Cfr. también Pierre Schaeffer *Traité des objets musicaux*, Seuil, 1966, pp. 425-426, acerca de las aceleraciones y disminuciones de velocidad que forman parte de un proceso tradicional en historia.

de los términos en conflicto sea clasificado como "pasado"), de "reducir" al elemento aberrante (éste se convierte en un caso "particular" que se inscribe como detalle positivo en un relato), o de mantener como "faltante" (en otro período) lo que escapa a un sistema del presente y representa un papel de figura extraña.

Pero esta temporalización que esquivo de esta manera los límites impuestos con todo rigor y construye un escenario en el que pueden actuar al mismo tiempo los incompatibles, tiene que enfrentarse con su recíproca: el relato sólo puede guardar la apariencia de un silogismo: cuando explica es entimemático,⁹⁴ "aparenta" raciocinar. De esta manera el relato, al mantener la relación de una razón con lo que pasa fuera de ella, en sus orillas, conserva la posibilidad de una ciencia o de una filosofía (puesto que es heurístico), pero como relato, ocupa el lugar del silogismo y oculta su ausencia. Puede uno preguntarse qué es lo que autoriza a la historiografía para constituirse en síntesis de los contrarios, como no sea un rigor racionalista. En efecto, si aceptamos las distinciones de Benvéniste entre "discurso" y "relato",⁹⁵ la historiografía es un *relato* que funciona de hecho como *discurso* organizado por el *lugar* de los "interlocutores" y fundado sobre el lugar que se da el "autor" respecto a sus lectores. El lugar donde se produce es el que autoriza al texto, y esto es revelado antes que por ningún otro signo, por el recurso a la cronología.

La cronología señala un segundo aspecto del servicio que el tiempo presta a la historia. Ella es la condición que hace posible la división en períodos. Pero (en sentido geométrico) la cronología proyecta sobre el texto la imagen invertida del tiempo que en la investigación, va del presente al pasado; sigue las huellas al revés. La exposición histórica supone la elección de un nuevo "espacio vectorial" que transforma el sentido de recorrido del vector tiempo e invierte su orientación. Parece que solamente esta inversión vuelve posible la articulación de la práctica con la escritura. Si indica una ambivalencia de tiempo,⁹⁶ es porque ha planteado antes el problema de un *re-comienzo*: ¿cuándo comienza la escritura? ¿Cuándo se establece para que haya historiografía?

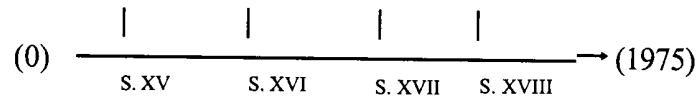
⁹⁴ Roland Barthes lo ha notado en "El discurso de la historia", *op. cit.*, pp. 71-72. Cfr. sobre todo C.G. Hempel, "La Función de las Leyes Generales en la Historia", en *Journal of Philosophy*, t. XXXIX, 1942: acerca de los esbozos de explicación (*explanation sketch*) que proporciona la historiografía, este estudio nos puede servir de reverencia.

⁹⁵ Émile Benvéniste, *Problèmes de linguistique générale*, Gallimard, 1966, pp. 253-254: en el *discurso*, "la instancia está en el *hic* y el *nunc* de los interlocutores...", en su acto de hablar" (se dice: el prefecto partió *ayer*); en el *relato* la instancia está constituida por "los términos... que se refieren... a los objetos reales..., a los tiempos y a los lugares históricos...".

⁹⁶ Cfr. por ejemplo las observaciones de André Viel, "De lo crónico a lo cronológico", en *Historie de notre image*, Mont-Blanc, 1965, pp. 109-141, acerca del "tiempo no orientado y la ambivalencia".

A primera vista, la historiografía conduce al tiempo hacia el momento del destinatario. Ella construye el lugar del lector en 1975, viene a él desde el fondo de los tiempos. Ya participe o no en una temática del progreso; ya arrastre o no consigo una larga duración o cuente una especie de "epistema"; en fin, cualquiera que sea su contenido, la historiografía trabaja en unir un presente, que es el término de un recorrido más o menos largo, con la trayectoria cronológica (la historia de un siglo, de un período o de una serie de ciclos). El presente, postulado del discurso, se convierte en el *producto* de la operación escriturística: el lugar de producción del texto se cambia en lugar producido por el texto.

El relato tiene, sin embargo, sus complicaciones. La cronología de la obra histórica no es sino un segmento limitado, tratado sobre un eje más amplio que se prolonga por ambos lados. Describamos, por ejemplo, la evolución del Languedoc desde el siglo XV hasta el XVIII, trazada sobre un eje más amplio que rebasa la línea hacia un lado y al otro:



Por una parte, la cronología enfoca al momento presente a través de una distancia: la parte derecha de la línea dejada en blanco, definida solamente en su origen (del siglo XVIII a nuestros días). Por otra parte, supone una serie finita cuyos términos permanecen inciertos; postula en último término el recurso al concepto vacío y necesario de un punto cero, origen (del tiempo) indispensable para una orientación.⁹⁷ El relato inscribe, pues, sobre toda la superficie de su organización, esta referencia inicial e inaccesible, condición de posibilidad de su historización. Al permitir a la actualidad "mantenerse" en el tiempo y finalmente simbolizarse, el relato la establece en una relación necesaria con un "comienzo" que no es *nada*, y que no tiene más objeto que el de ser un límite. La colocación del relato en su lugar lleva consigo en todas partes una relación tácita con algo que no puede tener lugar en la historia —un no-lugar fundamental—, sin el cual no podemos tener historiografía. La escritura dispersa, a lo largo de la escenificación cronológica, la referencia del relato a algo no-dicho que es su postulado.

⁹⁷ Desde este punto de vista, hay, en la episteme griega, un lazo de unión entre la ausencia del cero en las matemáticas y la ausencia de una historia que piense al pasado como diferencia. Sobre el "concepto" de cero, cfr. las observaciones de Frege, en *Les Fondements de l'arithmétique*, trad. de Cl. Imbert, Seuil, 1969, § 8 sobre todo 74.

Este no-lugar señala el intersticio entre la práctica y la escritura. La censura cualitativa entre una y otra se manifiesta sin duda por el hecho de que la escritura des-naturaliza e invierte el tiempo de la práctica. Pero sólo un paso silencioso al límite plantea efectivamente su diferencia. El cero del tiempo enlaza la una con la otra, es el umbral que conduce de la fabricación del objeto a la construcción del signo.

Esta nada inicial señala el retorno disfrazado de un pasado ajeno. Podríamos decir que es el mito convertido en postulado de la cronología —al mismo tiempo eliminado del relato y siempre supuesto—, imposible de eliminar. Una relación necesaria con el otro, con ese "cero" mítico, permanece inscrita en el contenido junto con todas las transformaciones de la genealogía, con todas las modulaciones de las historias dinásticas o familiares de una política, de una economía o de una mentalidad. Para que el relato "descienda" hasta el presente, es preciso que reciba su autoridad de más arriba, de una "nada" cuya fórmula nos la daba ya la *Odisea*: "Nadie sabe por sí mismo quién es su padre".⁹⁸ Expulsado del saber, un advenedizo se insinúa en la historiografía y determina su organización: es lo que no se sabe, lo que no tiene nombre propio. Bajo la forma de un pasado al que no se le puede señalar ningún lugar, pero que no puede ser eliminado, es *la ley del otro*.⁹⁹

"La ley siempre saca ventajas de lo que se escribe".¹⁰⁰ Si la historiografía resulta de una operación actual y localizada, como escritura repite otro comienzo, este último imposible de datar o de representar, postulado por el despliegue, a primera vista muy sencillo, de la cronología.¹⁰¹ Ella duplica el tiempo gratificante —el tiempo que viene hacia vosotros, lectores, y valoriza vuestro lugar— con la sombra de un tiempo prohibido. La *ausencia que da comienzo* a toda literatura invierte (y permite) la manera de llenar el relato de sentido y de fijar en el discurso un lugar

⁹⁸ *Odisea*, Rapsodia I.

⁹⁹ Cfr. al respecto Jean Laplanche y J.B. Pontalis, "Fantasma original, fantasma de los orígenes, origen del fantasma", en *Les Temps modernes*, XIX, 1964, pp. 1832-1868. Este estudio acerca de la "escenificación del deseo" en la secuencia de imágenes aclara también los problemas planteados por el discurso histórico. "El sujeto puede estar bajo una forma desubjetivada, es decir en la sintaxis misma de la secuencia de que se trata". "El deseo se apoya en la frase del fantasma que es, escriben los autores, el lugar de elección de las operaciones defensivas más primitivas como la rebelión contra uno mismo, el paso al contrario, la proyección, la negación" (*op. cit.*, p. 1868). El relato histórico presenta también, como escenificación, los caracteres del fantasma.

¹⁰⁰ Maurice Blanchot, *L'Entretien infini*, Gallimard, 1969, p. 625. Cfr. Henri Meschonnic, "Maurice Blanchot o la escritura sin lenguaje", en *Les Cahiers du Chemin*, núm. 20, 15 enero 1974, pp. 79-116.

¹⁰¹ Philip Rieff ha insistido particularmente en el nuevo comienzo y en la repetición que caracterizan al "model of time" freudiano; cfr. "La autoridad del pasado", en *Freud: the mind of the moralist*, New York, Viking Press, 1959; "El significado de la historia y de la religión en el pensamiento de Freud", en Bruce Mazlish ed., *Psychoanalysis and History*, Englewood Cliffs (N.J.), 1963, pp. 23-44; etcétera.

para el destinatario. Los dos se combinan, y ya veremos que la historiografía obtiene su fuerza al cambiar la genealogía en mensaje y al situarse “más arriba” del lector por el hecho de estar más cerca del que autoriza. El texto mantiene unidos a los contradictorios de este tiempo inestable, restaura discretamente su ambivalencia y revela en sordina lo contrario del “sentido”, por medio del cual el presente pretende comprender al pasado. Es cierto que al contrario de lo que hace cuando se toma a sí misma como objeto, esta escritura no confiesa que es el “trabajo de la negación”, y sin embargo da testimonio de ello. La construcción del sentido se basa en su contrario. Asimismo, el lenguaje del escritor “no presenta algo al volver presente lo que muestra, sino, lo presenta al mostrarlo detrás de todo, como el sentido y la ausencia de ese todo”.¹⁰²

Cuando es histórico, el relato resiste sin embargo a la seducción del comienzo, no consiente con el Eros del origen, no tiene por fin, como el mito, el escenificar la autoridad necesaria y perdida, bajo la figura de un acontecimiento que no tuvo lugar.¹⁰³

El relato no dice lo que supone, porque tiene como objetivo dar lugar a un *trabajo*. La ley transita solamente por un estudio particular, cuya organización asegura la relación entre los términos (el origen, el presente) dejados fuera del campo.

La construcción desdoblada

Entre los problemas que plantea el relato considerado como discursividad,¹⁰⁴ algunos de ellos se refieren más específicamente a la construcción de la historiografía. Estos dependen de un *querer*, al cual la temporalización proporciona un cuadro, al permitir que se mantengan juntas las contradicciones sin tener que resolverlas. Este propósito “globalizante” se encuentra a lo largo de toda la obra, nos remite finalmente a una voluntad política de administrar los conflictos y de regularlos desde un solo lugar. Literariamente produce textos que, de diversas maneras, tienen la doble característica de combinar una *semantización* (edificación de un sistema de sentidos) con una *selección* (esta clasificación tiene su principio en el lugar donde un presente se separa de un pasado), y de ordenar una “*inte-*

¹⁰² Maurice Blanchot, “El reino animal del espíritu”: en *Critique*, núm. 18, 1947, pp. 387-405, y “La literatura y el derecho a la muerte”, en *Critique*, núm. 20, 1948, pp. 30-47.

¹⁰³ Sobre esta concepción del mito, cfr. Claude Rabant, “El mito (re)comienza en el porvenir”, en *Esprit*, abril 1971, pp. 631-643.

¹⁰⁴ Cfr. sobre este punto, Harald Weinrich, “Estructuras narrativas en la escritura de la historia” en R. Kosselleck y W.D Stempel ed., *Geschichte, Ereignis und Erzählung*, Munich, W. Fink, 1973, pp. 519-523.

ligibilidad” junto con una *normatividad*. Algunos rasgos que se refieren en un principio a su estadio dentro de una tipología del discurso, y después a la organización de su contenido, precisarán el funcionamiento de la historiografía como algo *mixto*.

Teniendo en cuenta una tipología general del discurso, una primera aproximación se refiere al modo según el cual se organiza, en cada discurso, la relación entre su “contenido” y su “expansión”. En la *narración*, uno y otro nos remiten a un orden de sucesión, el tiempo referencial (una serie A, B, C, D, E, etcétera, de momentos) puede ser, en la exposición, objeto de omisiones y de inversiones capaces de producir efectos de sentido (por ejemplo, el relato literario o filmico presenta la secuencia: E, C, A, B, etcétera). En el discurso “lógico”, el contenido, definido por el estadio de verdad (y/o de verificabilidad) que se puede asignar a los enunciados, implica entre ellos relaciones silogísticas (o “legales”) que determinan el modo de la exposición (inducción y deducción). El discurso histórico, en sí mismo, pretende dar un contenido verdadero (que depende de la verificabilidad), pero bajo la forma de una *narración*.

	<i>contenido</i>	<i>expansión</i>
narración	serie temporal (A, B, C, D,...)	sucesividad temporal (E, C, A,...)
discurso histórico	"verdad"	sucesividad temporal
discurso lógico	verdad de las proposiciones	silogismo (inducción, deducción)

Combinando sistemas heteróclitos, este discurso mixto (hecho de dos y situado entre dos) va a construirse según dos movimientos contrarios: una *narrativización* hace pasar del contenido a su expansión, de modelos acrónicos a una cronologización, de una doctrina a una manifestación de tipo narrativo; por el contrario, una *semantización* del material hace pasar de los elementos primitivos a un encadenamiento sintagmático de los enunciados y a la constitución de secuencias históricas programadas. Pero estos procedimientos generales del texto no pueden ocultar el deslizamiento *metafórico* que, según la definición aristotélica, realiza el “paso de un género a otro”. Una señal de esta mixtura es la presencia continua de la metáfora. Ella imparte a la explicación histórica un carácter entimemático, traslada la causalidad hacia la sucesividad (*post hoc, ergo propter hoc*), hace actuar a las relaciones de coexistencia como

si fueran de coherencia, etcétera. La verificabilidad de los enunciados se sustituye constantemente por su verosimilitud. Por esto, el discurso tiene necesidad de la autoridad para sostenerse: lo que pierde en rigor debe ser compensado por una superabundancia de confiabilidad.

A esta exigencia se puede añadir otra forma de desdoblamiento. Se plantea como historiográfico el discurso que “comprende” a su otro —la crónica, el archivo, el movimiento—, es decir el que se organiza como texto *foliado*, en el cual una mitad, continua, se apoya sobre otra, diseminada para poder decir lo que significa la otra sin saberlo. Por las “citas”, por las referencias, por las notas y por todo el aparato de remisiones permanentes a un primer lenguaje (al que Michelet llamaba la “crónica”),¹⁰⁵ el discurso se establece como un *saber del otro*. Se construye de acuerdo a una problemática de proceso, o de *cita*, capaz a la vez de “hacer venir” un lenguaje referencial que actúa como realidad, y de juzgarlo bajo el título de un saber.

La convocación del material obedece, por lo demás, a la jurisdicción, que en la escenificación historiográfica se pronuncia sobre él. Así, la estratificación del discurso no tiene la forma del “diálogo” o del “*collage*”. Dicha estratificación combina el singular del saber *que cita* con el plural de los documentos *citados*. En este juego, la descomposición del material (por análisis o división) tiene siempre como condición de posibilidad y como límite la *unicidad* de una recomposición textual. El lenguaje citado desempeña el encargo de acreditar el discurso: como es referencial, introduce cierto efecto de lo real; y por su fragmentación, nos remite discretamente a un lugar de autoridad. Vista desde este ángulo, la estructura desdoblada del discurso funciona como una máquina que obtiene de la cita una verosimilitud para el relato y una convalidación del saber; produce, pues, la confiabilidad.

Dicha estructura implica también un funcionamiento particular, epistemológico y literario, de los textos estratificados. Por una parte, si nos referimos a las categorías de Karl Popper, se trata aquí de “*interpretación*” más bien que de “*explicación*”. En la medida en que el discurso recibe de una relación interna con la “crónica” la condición de ser su saber, comienza a construirse bajo cierto número de postulados epistemológicos: la necesidad de una semantización referencial que le viene de la cultura; la transcriptibilidad de los lenguajes ya codificados de los que se hace el in-

¹⁰⁵ Este discurso —montaje de otros discursos— se produce gracias a dispositivos muy variados: el estilo indirecto (la historiografía dice que otro ha dicho que...), las comillas, las ilustraciones, etcétera. Se puede decir que el “pasado” representado es el efecto de la manera como el discurso trata su relación con la “crónica”. Desde este punto de vista, la “crónica” puede ser más o menos fragmentada. Hay muchas maneras de tratarla, desde el “compendio” que la reduce a una serie de “hechos” hasta la extracción de datos que pueden ser utilizados por una historia serial.

térprete; la posibilidad de constituir un metalenguaje en la misma lengua de los documentos utilizados. Bajo formas diversas, la cita introduce en el texto un extra-texto necesario. Recíprocamente, la cita es el medio de enlazar el texto con su exterioridad semántica, de permitirle adoptar el semblante de asumir una parte de la cultura y de asegurarle por lo tanto una credibilidad referencial. Desde este punto de vista, la cita no es sino un caso particular de la regla que vuelve necesarias para la producción de la “ilusión realista”, la multiplicación de nombres propios, de descripciones y de lo deíctico.¹⁰⁶ Así, para no tomar sino un ejemplo, los nombres propios tienen ya aquí valor de cita. En su conjunto, podemos confiar en ellos. Mientras que la novela debe poco a poco llenar de predicados el nombre propio que coloca en su principio (por ejemplo: Julien Sorel), la historiografía lo recibe ya lleno (por ejemplo: Robespierre) y se contenta con efectuar un trabajo sobre un lenguaje referencial.¹⁰⁷ Pero esta condición externa de un saber del otro, o de una heterología,¹⁰⁸ tiene como corolario la posibilidad para el discurso mismo de ser el equivalente de una semiótica, un metalenguaje de las lenguas naturales, por consiguiente un texto que supone y manifiesta la transcriptibilidad de codificaciones diferentes. De hecho este metalenguaje se desarrolla en el léxico mismo de los documentos que descifra, no se distingue formalmente (de modo diferente de lo que pasa en toda ciencia) de la lengua que interpreta. No puede, pues, controlar la distancia del nivel de análisis que pretende sostener, ni constituir un campo propio y unívoco con los conceptos que lo organizan. Se narra *en* el lenguaje de su otro, juega con él. La condición de metalenguaje es, pues, el postulado de un “querer comprender”. Es un a priori más bien que un producto. La interpretación tiene por característica el hecho de reproducir en el interior de su discurso desdoblado, la relación entre un lugar de saber y su exterioridad.

Al citar, el discurso transforma lo citado en fuente de confiabilidad y en léxico de un saber, y precisamente por eso coloca al lector en la posición de lo que es citado, lo introduce en la relación entre un saber y un no-saber. Dicho de otra manera, el discurso produce un contrato enunciativo entre el remitente y el destinatario; funciona como discurso

¹⁰⁶ Cfr. por ejemplo, las observaciones de J.L. Bachelier, “Sobre-Nombre”, en *Communications*, núm. 19, 1972; Philippe Hamon, “Un discurso forzado”, en *Poétique*, núm. 16, 1973, pp. 426-427. Por el contrario, el *yo*, marca esencial del discurso fantástico (cfr. T. Todorov, *Introduction à la littérature fantastique*) debe ser evitado, acabaría con la acción de nombrar. Ahora bien, “la ausencia de nombre [...] provoca una disminución capital de la ilusión realista” (Roland Barthes, *sz*, Seuil, 1970, p. 102).

¹⁰⁷ El nombre propio permite un doble efecto. Por una parte significa: “Vosotros sabéis lo que es Robespierre”, se puede *confiar en él*. Por otra parte, es el objeto de un desfasamiento didáctico: “Robespierre es una cosa distinta de lo que vosotros sabéis, y os la voy a enseñar”. Es el punto de referencia de la abundancia de saber que acredita a una *competencia*.

¹⁰⁸ Cfr. M. de Certeau, *L'Absent de l'histoire*, Mame, 1973, pp. 173 ss.

didáctico, y esto lo hace mejor cuando disimula el lugar desde donde habla (borra el *yo* del autor), cuando se presenta bajo la forma de un lenguaje referencial (nos habla lo "real"), cuando en vez de raciocinar narra (no se discute un relato) y cuando toma a sus lectores donde se encuentran (les habla su lenguaje, aunque de otro modo y mejor que ellos). Saturado semánticamente (no hay ninguna falla en la inteligibilidad), "presionado" (gracias a "un acortamiento máximo del trayecto y de la distancia entre los focos funcionales de la narración"),¹⁰⁹ y comprimido (un conjunto de catáforas y de anáforas nos asegura incesantes remisiones del texto a sí mismo como totalidad orientada), el discurso no nos deja ninguna escapatoria. La estructura interna del discurso nos enreda, pues produce un tipo de lector: un destinatario citado, identificado y enseñado por el hecho mismo de estar colocado en la situación de la crónica delante de un saber. Al organizar el espacio textual, dicha estructura establece un contrato y organiza así el espacio social. Desde este punto de vista, el discurso hace lo que dice, es eficaz. El ardid de la historiografía consiste en crear "un discurso eficaz disimulado en el que el verificador aparente no es otro que el significado de la palabra como acto de autoridad".¹¹⁰

Un tercer aspecto del desdoblamiento ya no se refiere a la mixtura o a la estratificación del discurso, si no a la problemática de su manifestación, a saber, la relación entre el *acontecimiento* y el *hecho*. En una materia tan debatida, me contento con una indicación relativa a la construcción de la escritura. Desde este punto de vista, el acontecimiento *divide* para que haya inteligibilidad; el hecho histórico *completa* para que haya enunciados con sentido. El primero condiciona la organización del discurso; el segundo proporciona significantes destinados a formar, de un modo narrativo, una serie de elementos significativos. En resumen, el primero articula, el segundo deletrea.

En efecto, ¿qué es un acontecimiento, sino lo que hay que suponer para que una organización de los documentos sea posible? Es el medio por el que se pasa del desorden al orden. No explica, permite una inteligibilidad. Es el postulado y el punto de partida —pero también el punto ciego— de la comprensión. "Debió pasar algo" *allí* precisamente, y por eso podemos construir series de hechos o transitar de una regularidad a otra. Lejos de ser la base o el indicador sustancial sobre el que se apoyaría una información, es el soporte hipotético de una ordenación a lo largo de un eje cronológico, la condición de una clasificación. Algunas veces no es sino una simple localización del desorden: entonces llamamos acontecimientos a lo que no comprendemos. Gracias a este procedimiento, que permite acomodar lo desconocido en un casillero vacío preparado de

¹⁰⁹ Ph. Hamon, *op. cit.*, pp. 440-441.

¹¹⁰ R. Barthes, "El discurso de la Historia", *op. cit.*, p. 74.

antemano para ello y llamado "acontecimiento", una "razón" de la historia se convierte en pensable. Una semantización plena y saturadora es ahora posible: los "hechos" la enuncian al acreditarla con un lenguaje referencial; el acontecimiento oculta las fallas con una palabra propia que se añade al relato continuo y oculta sus discontinuidades. Dicho de otro modo, la arquitectura serial juega con sus acontecimientos contradictorios como con un límite que ella *también* nombra para erigirse en discurso didáctico, sin interrupción y sin *lapsus* de la autoridad erudita. Estos dos elementos son necesarios el uno al otro: una extraña reciprocidad nos presenta a cada uno de ellos únicamente en relación con su *otro*. Pero el texto plantea *a la vez* el cumplimiento del sentido y su condición, los une y los nivela en la expansión del discurso. Por esto mismo es global, pero solamente gracias al ocultamiento de la diferencia y gracias al sistema que establece de antemano, bajo el título de un lugar adquirido, una autoridada capaz de "comprender" la relación entre una organización del sentido (de los "hechos") y su límite ("el acontecimiento").

Al colocar al extraño en un lugar *útil* para el discurso de inteligibilidad, al exorcizar al incomprendido para convertirlo en un medio de comprensión, la historiografía no puede evitar, sin embargo, el retorno subrepticio de lo que ya borró de la manifestación. Sin duda podemos reconocer este retorno en el trabajo de erosión que no cesa de minar los conceptos construidos por el discurso. Ciertamente, se trata de un movimiento secreto en el texto; no por ello menos constante, como una lenta hemorragia del saber. Lo captamos, por ejemplo, al tratar del orden que se presenta en una organización de unidades históricas. La escenificación de la escritura se asegura por cierto número de cortes semánticos. A estas unidades, François Châtelet les da el nombre de "conceptos", pero conceptos "que podríamos llamar, por analogía con la epistemología de las ciencias de la naturaleza, *categorías históricas*".¹¹¹ Éstas son de tipos muy diversos, como *el periodo*, *el siglo*, etcétera, pero también la *mentalidad*, la *clase social*, la *coyuntura económica*, o la *familia*, la *ciudad*, la *región*, el *pueblo*, la *nación*, la *civilización*, o todavía más, la *guerra*, la *herejía*, la *fiesta*, la *enfermedad*, el *libro*, etcétera, sin hablar de nociones como la *Antigüedad*, el *Antiguo Régimen*, las *Luces*, etcétera. Estas unidades llevan consigo a menudo combinaciones estereotipadas. Un montaje sin sorpresas nos da la serie: la vida —la obra— la doctrina, o su equivalente colectivo: vida económica —vida social— vida intelectual. Se amontonan los "niveles". Se encajonan los conceptos. Cada código tiene su lógica.

¹¹¹ François Châtelet, *Naissance de l'histoire*, 1962, p. 115. Cfr. al respecto Chaim Perelman, en *Les Catégories en histoire*, Ed. del Instituto de Sociología, Universidad Libre de Bruselas, 1969, pp. 11-16.

No se trata aquí de volver sobre las presiones sociales¹¹² o sobre las necesidades teóricas y prácticas de programación¹¹³ que intervienen en la determinación de dichas unidades, sino más bien de captar su funcionamiento en la escritura. Se dice a veces que la organización de esos "conceptos" se pone en marcha casi automáticamente por el mismo título del texto, y que en resumen, no es sino un cuadro, más o menos artificial (¡al fin y al cabo, importa muy poco!) donde se amontonan los tesoros de la información. En esta concepción, las unidades forman el tablero de una construcción donde cada casilla debe llenarse. En último término, las unidades son indiferentes a las riquezas que llevan consigo: en el almacén de la historia sólo cuenta el contenido, no la presentación (con tal que sea clara y clásica). Pero volveríamos inerte a la composición historiográfica (o creeríamos volverla), si consideramos que detiene la investigación para presentar el resultado de la suma y proceder a la evaluación del capital adquirido. La escritura consistiría en "llegar a un fin". En realidad no hay nada de esto en el momento en que hay un discurso histórico. Éste impone reglas que evidentemente no son las de la práctica, pero que, diferentes y complementarias, son las de *un texto que organiza lugares con el fin de una producción*.

De hecho, la escritura histórica compone, con un conjunto coherente de grandes unidades, una *estructura* análoga a la arquitectura de lugares y de personajes en una tragedia. Pero el sistema de esta escenografía es el espacio o el *movimiento* de la documentación, es decir, se trata de unidades pequeñas. Este sistema siembra el desorden en el orden, escapa a las divisiones establecidas y logra una erosión lenta de los conceptos organizadores. En términos aproximados, podríamos decir que el texto es el lugar donde se efectúa un trabajo del "contenido" sobre la "forma". Si tomamos la palabra más exacta de Roussel, "*produce* al destruir". Debido a la masa movediza y compleja que arroja en los recortes historiográficos que remueve, la información parece llevar consigo un *desgaste* de las divisiones clasificadoras, que constituyen sin embargo el montaje de todo el sistema textual. Así pues, el discurso deja de "sostenerse" si la organización estructural se derrumba, pero es histórico en la medida en que un trabajo se mueve dentro de él y corroe toda la armazón conceptual, que por lo demás es necesaria para la formación del espacio que se abre a dicho movimiento.

Construcción y erosión de las unidades: toda escritura histórica combina ambas operaciones. Es preciso establecer una arquitectura económica o demográfica para que aparezcan las dependencias que la suavizan, la desplazan y la remiten finalmente a otro conjunto (social o cultural).

¹¹² Cfr *supra*, "Un lugar social", pp- 69-82.

¹¹³ Cfr. *supra*, "Una práctica", pp. 82-101.

Es preciso dividir una unidad geográfica (regional o nacional) para que se manifieste lo que por todas partes se le escapa. La constitución de "cuerpos" conceptuales por una división, es a la vez la causa y el medio de una lenta hemorragia. La estructura de una composición no retiene lo que representa, pero debe "aguantar" lo suficiente para que juntamente con la fuga entren de verdad en escena —"se produzcan"— lo pasado, lo real o la muerte de que habla el texto. Así se encuentra simbolizada la relación del discurso con lo que designa al perderlo, es decir con el pasado que ya no existe, pero que no sería pensable sin la escritura que articula "composiciones de lugar" con una erosión de esos mismos lugares.

La combinación de *cortes* (las macrounidades) y de *desgastes* (el desplazamiento de conceptos) es solamente un esquema abstracto. No se refiere por lo demás a la estructura del discurso en sí mismo, y sólo describe un movimiento de la escritura destinado a producir el sentido autorizado por el saber. Esto puede reconocerse aun en los textos más importantes de la historiografía francesa contemporánea.

Para explicar la aparición de una conciencia nacional en Cataluña —problema que "brota" de un estudio socioeconómico de dicha región—, Pierre Vilar establece la conexión del mercantilismo (al cual está ligada la formación de una clase dirigente) con el nacionalismo (instrumento utilizado por dicha clase con el fin de fundamentar una dominación política). Un "lugar" económico es la base de un análisis muy rico. Pero se producen infiltraciones; por ejemplo, la confirmación de que el nacionalismo crece junto con la conciencia infeliz de una nación amenazada.¹¹⁴ Esta intervención de un elemento heterogéneo no establece otra división conceptual ni tampoco una historia "global". Solamente remueve la escenificación original del texto. Ejemplo entre mil de un trabajo de erosión que actúa sobre una composición muy bien argumentada, —precisamente porque dicha composición no es un cuadro inerte.

También encontramos erosión en el movimiento que agita a la unidad de la región de Beauvais tan firmemente tratada por el "estudio regional" de Pierre Gouber, y que la hace tender ya hacia la Beauce, ya hacia la Picardía.¹¹⁵ El trabajo que desplaza al lugar y que lo mezcla con lo que lo distinguía, esboza en el texto una desaparición (jamás total) de los conceptos, como si llevara a la representación (siempre mantenida mientras existe el texto) hasta el límite de la ausencia que ella misma designa.

¹¹⁴ Pierre Vilar, *La Catalogne dans l' Espagne moderne*, op. cit., t. 1, pp. 29-38.

¹¹⁵ Pierre Goubert, *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730*, Sevpén, 1960. pp. 123-138, 413-419, etcétera.

Tercera paradoja de la historia: la escritura hace entrar en escena a una población de muertos —personajes, mentalidades o precios. A pesar de modos y contenidos diferentes, la historia permanece unida a su propia arqueología de principios del siglo XVII (“uno de los puntos cero de la Historia de Francia”, dice P. Ariès)¹¹⁶, a una “galería histórica” como la que se ve todavía en el castillo de Beauregard:¹¹⁷ una serie de retratos, de imágenes y de emblemas pintados en la pared, antes de ser descritos por el texto organiza la relación entre un espacio (el museo) y un recorrido (la visita). La historiografía tiene la misma estructura de los cuadros unidos por una trayectoria. Representa a los muertos a lo largo de un itinerario narrativo.

Muchos indicios atestiguan en historia esta estructura de “galería”. Por ejemplo, la multiplicación de *nombres propios* (personajes, localidades, monedas, etcétera) y su reduplicación en el “índice de nombres propios”. Lo que prolifera en el discurso histórico son aquellos elementos “debajo de los cuales lo único que se puede hacer es mostrar”¹¹⁸ y en los cuales el *decir* llega a su límite, lo más cercano posible al *mostrar*. El sistema signifiante ha crecido desmesuradamente con estos nombres propios a lo largo de esta orilla défictica, como si la misma ausencia de que trata le hiciera tender hacia el lado donde “mostrar” tiende a sustituir a “significar”. Pero hay otros muchos indicios: el papel que desempeñan los mapas, las figuras o las gráficas; la importancia de las vistas panorámicas y de las “conclusiones” recapituladoras, de los paisajes que van apareciendo a lo largo del libro, etcétera y que son elementos completamente extraños en un tratado de sociología o de física.

¿Será preciso reconocer de nuevo en estos rasgos una inversión literaria de los procedimientos propios de la investigación? La práctica, en efecto, encuentra al pasado bajo el módulo de una separación relativa a modelos presentes. En realidad la función específica de la escritura no es contraria, sino diferente y complementaria de la función de la práctica. Esta función puede precisarse bajo dos aspectos. Por una parte, en el sentido etnológico y casi religioso del término, la escritura desempeña el papel de *un rito de entierro*; ella exorciza a la muerte al introducirla en el discurso. Por otra parte, la escritura tiene una función *simbolizadora*; permite a una sociedad situarse en un lugar al darse en el lenguaje un pasado, abriendo así al presente un espacio: “marcar” un pasado es darle su lugar al muerto, pero también redistribuir

¹¹⁶ Philippe Ariès, *Le Temps de l' Histoire*, op. cit., p. 255.

¹¹⁷ Cfr. P. Ariès, op. cit., p. 195-214 acerca de las “galerías de historia” o colecciones de retratos históricos.

¹¹⁸ Claude Lévi-Strauss, *La Pensée sauvage*, Plon, 1962, p. 285, a propósito de los nombres propios.

el espacio de los posibles, determinar negativamente *lo que queda por hacer*, y por consiguiente utilizar la narratividad que entierra a los muertos como medio de fijar un lugar a los vivos.

El ordenamiento de los ausentes es el reverso de una normatividad que se dirige al lector viviente y que establece una relación didáctica entre el remitente y el destinatario.

En el texto, el pasado ocupa el lugar del sujeto-rey. Una conversión escriturística se ha realizado. Donde la investigación efectuaba una crítica de modelos presentes, la escritura construye una “tumba”¹¹⁹ para el muerto. El lugar dado al pasado actúa, pues, sobre dos tipos diferentes de operaciones, una técnica, otra escriturística. Solamente a través de esta diferencia de funcionamiento puede encontrarse una analogía entre las dos posiciones del pasado —en la técnica de la investigación y en la representación del texto.

La escritura sólo habla del pasado para enterrarlo. Es una tumba en doble sentido, ya que con el mismo texto honra y elimina. Aquí, el lenguaje tiene por función introducir en el *decir* lo que ya no *se hace*. Exorciza a la muerte y la coloca en el relato que sustituye pedagógicamente algo que el lector debe creer y hacer. Este proceso se repite de otras maneras nada científicas, desde el elogio fúnebre en la calle hasta el entierro. Pero, de un modo diferente a como ocurre con otras “tumbas” artísticas o sociales, la reconducción del “muerto” o del pasado a un lugar simbólico se articula aquí con el trabajo que tiene por fin crear en el presente un lugar (pasado o futuro) que debe llenarse, un “deber” que hay que cumplir. La escritura recoge el producto de este trabajo; de esta manera libera al presente sin tener que nombrarlo. Así, puede decirse que hace muertos para que en otra parte haya vivos. Más exactamente, recibe a los muertos producidos por un cambio social, con el fin de que quede marcado el espacio abierto por ese pasado y para que todavía sea posible articular lo que aparece con lo que desaparece. Nombrar a los ausentes de la casa e introducirlos en el lenguaje de la galería escriturística, es dejar libre todo el departamento para los vivos, gracias a un acto de comunicación que combina la ausencia de los vivos en el lenguaje con la ausencia de los muertos en la casa: Una sociedad se da así un presente gracias a una escritura histórica. El establecimiento literario de este espacio se reúne, pues, con el trabajo que efectuaba la práctica histórica.

Como sustituto del ser ausente y encierro del genio maléfico de la muerte, el texto histórico desempeña un papel de actuación excepcional. El lenguaje permite a una práctica situarse con respecto a su *otro*, el pasado. De hecho, él mismo es una práctica. La historiografía se sirve de

¹¹⁹ La “Tumba” es un género literario o musical desde el siglo XVII. También el relato historiográfico pertenece a este género.

Producción del tiempo: una arqueología religiosa

la muerte para enunciar una ley (del presente). No describe las prácticas silenciosas que la construyen, pero efectúa una nueva distribución de prácticas semantizadas. Operación de un orden distinto al de la investigación. Con su *narratividad* proporciona a la muerte una representación, que al instalar la carencia en el lenguaje, fuera de la existencia, tiene valor de exorcismo contra la angustia. Pero, por su *manera excepcional de actuar*, llena la laguna que ella misma representa, y utiliza el lugar para imponer al destinatario un querer, un saber y una lección. En suma, la *narratividad*, metáfora de una actuación, encuentra apoyo precisamente en lo que oculta: los muertos de los que habla se convierten en el vocabulario de un trabajo que se va a comenzar. Ambivalencia de la historiografía: es la condición de un hacer y la negación de una ausencia; se porta ya como el discurso de una ley (el decir histórico nos abre un presente que se debe realizar), ya como una coartada, una ilusión realista (el efecto de lo real crea la ficción de otra historia). Oscila entre “hacer historia” y “contar historias”, sin que pueda reducirse a lo uno ni a lo otro. Sin duda puede reconocerse el mismo desdoblamiento bajo otra forma, que remata la operación histórica, a la vez crítica y constructora: la escritura camina entre la blasfemia y la curiosidad, entre lo que elimina al constituirlo como pasado y lo que organiza del presente, entre la privación o el desposeimiento que postula y la normatividad social que impone al lector sin que él lo sepa. Por todos estos aspectos combinados en la escenografía literaria, simboliza el deseo que constituye la relación con el otro; es la marca de dicha ley.

No es sorprendente que se ponga en juego aquí algo distinto del destino o de las posibilidades de una “ciencia objetiva”. En la medida en que nuestra relación con el lenguaje es siempre una relación con la muerte, el discurso histórico es la representación privilegiada de una “ciencia del sujeto tomado dentro de una división constituyente”¹²⁰ –pero en el contexto de la escenografía de las relaciones que un *cuerpo social* mantiene con su *lenguaje*.

¹²⁰ Jacques Lacan, *Écrits*, Seuil, 1966, p. 857. Cfr. *op. cit.*, p. 859: “No existe una ciencia del hombre, porque el hombre de la ciencia no existe, solamente existe su sujeto”.